

Un hombre de perfil mariano

JUAN CLAUDIO COLIN

FUNDADOR DE LA SOCIEDAD DE MARÍA

P. Mateo Pozo Castellanos

CRONOLOGÍA

- Año 1790 7 de agosto, nacimiento de Juan Claudio en Saint Bonnet-le-Troncy (Francia).
- 1795 Mueren sus padres, con veinte días de diferencia
- 1804 1º de noviembre, entra en el seminario menor de Saint Jordard
- 1809 Grave enfermedad, pasa al seminario de Alix
- 1812 En el seminario de Verrières
- 1813 Comienza la Teología en el seminario de Lyon
- 1816 22 de julio: Ordenación sacerdotal
23 de julio, promesa de fundación de la Sociedad de María
Nombrado vicario cooperador de su hermano Pedro en Cerdon.
- 1817 M. Champagnat funda los Hermanos Maristas.
Colín, con Juana Chavoín proyecta la fundación de las Hermanas.
- 1822 Recibe un Breve Pontificio alabando el proyecto de la S. M.
- 1825 Es trasladado a Belley. Predicación de misiones por la región
- 1825 Nombrado superior del seminario menor de Belley
- 1833 Viaje a Roma para presentar el proyecto de fundación
- 1836 Aprobación de la rama sacerdotal de la Sociedad de María
- 1852 Abre una casa de retiro en La Neylière
- 1854 Renuncia a su cargo de Superior General
- 1855 Redacta las Reglas de la rama femenina
- 1856 El P. Favre redacta Constituciones para la Sociedad de María
- 1866 Colin trabaja sobre las Reglas definitivas que termina en 1869
- 1870 El Capítulo General acepta estas Reglas de Juan Claudio Colín
- 1875 15 de noviembre, muere en la casa retiro de La Neylière.

UN PASADO FECUNDO

El 7 de agosto de 1790, como miembro de una familia campesina francesa, nació un niño y fue bautizado el mismo día a quien sus padres le pusieron el nombre de Juan Claudio.

Su vida comienza a crecer en un clima de violencia revolucionaria que le obliga a experimentar una infancia llena de conflictos y frustraciones. Pero mirando desde nuestros tiempos a este pequeño campesino, lo encontramos unos cuantos años más tarde luchando por hacer realidad una idea que marca todas sus aspiraciones: Que exista en la Iglesia una Sociedad que lleve el nombre de María y actúe imitando el estilo que ella vivió al lado de su Hijo en Nazaret y en los comienzos de la Iglesia.

Juan Claudio Colín es un Fundador de una congregación religiosa, por tanto, un creyente que inicia en la Iglesia una obra nueva. Por eso nos interesa su experiencia eclesial, la manera de servir a la Iglesia y de ser fiel a la inspiración recibida en favor de esta Iglesia. Retirado de todo protagonismo, ya anciano, resume toda su existencia en una frase que para él tiene la validez de un dogma, porque está convencido de su verdad: *“Desconocido antes, desconocido después, he ahí mi historia”*.

A pesar de todo, vamos a adentrarnos en la vida de este hombre tan amigo del silencio y del ocultamiento de su persona, porque la familia religiosa por él fundada sigue actualizando su carisma e inspirándose en sus intuiciones, confirmadas por el Magisterio eclesial como válidas para vivir el Evangelio y continuar su impulso misionero. Desde sus comienzos numerosos seguidores comprendieron que el proyecto de Juan Claudio Colín era una visión motivadora y una valiosa orientación para una entrega gozosa y fecunda a la vida cristiana bajo la maternal mirada de la Madre del Señor. De este proyecto religioso nacieron diversos ministerios de servicio apostólico y una fecunda actividad misionera en el continente de Oceanía, engendrando nuevas iglesias y admirables frutos de santidad.

Cuando un creyente carismático deja como herencia una familia religiosa, al menos, sus miembros no pueden menos de recordar aquella advertencia de la carta a los Hebreos: *“Acordaos de vuestros guías espirituales que os anunciaron la Palabra de Dios, fijaos en el desenlace de sus vida e imitad su fe”* (Hb 13,7). Es cierto que a Colín le irritaba que le dieran el título de Fundador, porque le parecía completamente inadecuado que se lo aplicaran a él, pues decía con toda convicción: *“No hay más Fundador entre nosotros que la Virgen María, ella lo ha hecho todo”*. Igualmente le producía casi pánico que se preocupasen de él engrandeciéndolo o que quisieran hacerlo protagonista de algún tipo de estudio o biografía: *“Si se les ocurre, después de mi muerte, escribir sobre mí, vengo y les doy una bofetada y les destruyo todo lo que hayan escrito”*.

En parte, ha conseguido su deseo, pues J.C. Colín es muy poco conocido en la historia de la Iglesia y menos, naturalmente, en las historias civiles. Fuera del ámbito de la Sociedad de María ha pasado desapercibido como fue siempre su deseo. Sin embargo, los que le

conocieron dejaron testimonios de admiración por su personalidad. El famoso intelectual Louis Veuillot escribía en el periódico L'Univers del 25 de noviembre de 1875, al enterarse de su muerte:

“El P. Colín ha vivido ochenta y cinco años una vida llena de trabajos, de fina inteligencia, de gran corazón y firme voluntad y ha dejado una familia religiosa ya numerosa y pujante; pero su larga y fecunda vida ha sido tan escondida que, se puede decir, que nadie, en cierto modo, se ha dado cuenta de su presencia. No ha sido nada en el mundo. Sus hijos han conocido al padre; pero pocos han conocido el hombre...Este hombre desconocido deja una obra que durará aún y que estará llena y radiante de su vida, mientras que muchas obras de sus contemporáneos, en un su momento tan firmes y ruidosas, habrán desaparecido para siempre”.

La experiencia de la Iglesia poderosa e influyente del siglo XIX llena de conflictos con los poderes políticos y civiles, conduce a Juan Claudio Colín a una atrevida pretensión para su tiempo: *“Hay que comenzar una nueva Iglesia”*. Con esta expresión no se le ocurre pensar en otra Iglesia distinta a la de Jesucristo de la cual se siente fervoroso fiel convencido; pero sí sueña con otro estilo de vida y acción. ¿Dónde encontrar el modelo de ese nuevo estilo para los tiempos presentes? La respuesta le parece atractiva: Tomar como referencia la Iglesia naciente. Y ver allí a la Virgen María, la madre de Jesús, con los discípulos de su Hijo ya resucitado, sin exigir privilegios ni atenciones especiales por haber sido ella la madre. Y tratando de ser apoyo de una pequeña comunidad, colmada de celo por la evangelización del mundo, sin hacer ruido, silenciosamente, sin triunfalismos. María no reclama derechos de “primera dama” en el reino inaugurado por Jesús muerto y resucitado.

La obra de María es servir al proyecto de salvación, por lo tanto no se preocupa de sí misma, sino del plan de Dios. Oyente de la Palabra, se hace humilde servidora del Reino de Dios.

Este estilo mariano impacta al P. Colín, trata de vivirlo con sus compañeros y transmitirlo en herencia a cuantos se integran en su proyecto que irá haciéndose realidad bajo el nombre de Sociedad de María. Un numeroso grupo de jóvenes sacerdotes asumen esta idea del perfil mariano de la Iglesia y la van haciendo realidad en las diferentes tareas que se les encomiendan: mirar siempre en María, la madre del Señor, el reflejo de cómo ha de ser un discípulo y una comunidad de seguidores de Jesús.

María no hace sombra a nadie, ni a Pedro, ni al resto de los apóstoles ni a los demás creyentes. Para María lo que cuenta no es lo que ella hace sino lo que Dios hace a través de ella: *“Porque ha hecho en mí cosas grandes el Poderoso...”*(Lc.1,49). Ella se siente un instrumento dócil en las manos de Dios. Esto es lo que quiere Colín para él y para cuantos desean aceptar su propuesta: Ser instrumentos dóciles de la misericordia divina, que sigue derramándose sobre todos los seres humanos. Con esta mentalidad lo que constatamos tantas veces en las sociedades civiles y en la misma Iglesia: el poder, la ambición, la codicia, la intolerancia, el hacerse “centro” de atención aparecerán como peligrosísimas

tentaciones que es necesario vencer. La caída en alguna de estas tentaciones, obstaculiza la acción de Dios en los hombres, mientras que la sencillez y los medios pobres facilitan la confianza y la transparencia del único poder que salva: el del Espíritu de Cristo Resucitado.

Una Iglesia pobre, humilde, servidora, trabajando sin descanso por la gloria de Dios y no por la propia estimación, la vemos reflejada en la amable figura de María que es, en realidad, el retrato concreto de lo que está llamada a ser la Iglesia. Es posible un estilo semejante si se confía en el mismo Espíritu que hizo fecunda a la Virgen y llenó de audacia a los apóstoles, antes hombres pusilánimes y humanamente desposeídos de influencia para una tarea tan ingente que va orientada a convertir y entregar el mundo a los pies del Resucitado.

Proponer esta visión en el primer tercio del siglo XIX, un hombre tímido y ansioso de ocultamiento, como era Colín; liderar a un grupo de aspirantes, sacerdotes como él, siendo en esos momentos un simple vicario en una pequeña parroquia, reunir también un grupo de mujeres que sintonizaran con sus ideas, y tener que enfrentarse, para defender sus convicciones a altas jerarquías de la Iglesia, como tuvo que hacerlo Colín... Todo ellos, no puede menos de hacer surgir en nosotros una especie de conmoción espiritual de asombro ante los caminos de Dios, que se sirve de los más sorprendentes instrumentos para introducir en su proyecto salvador, siempre nuevos impulsos dinamizadores o correctores del peregrinaje histórico de su pueblo.

¿Cómo fue la vida de este hombre que pasó su larga existencia soñando con un ideal de Iglesia modelado en la figura de María y que consiguió sacar adelante una Sociedad de vida consagrada, con la utópica visión de que fuese esta familia ya en pequeño un retrato o esbozo de lo que consideraba debía ser la gran institución eclesial? Algunos Padres Maristas ya han escrito una biografía del Fundador, sin duda, con más amplitud y documentación que el presente trabajo, breve y sencillo, que tiene en cuenta lo que ellos han investigado con más medios, esfuerzo y dedicación. Siempre resulta interesante conocer el itinerario de hombres como Colín que marcan rumbos orientadores para muchos hombres y mujeres, que se inspiran en ellos para caminar las sendas del evangelio hacia Dios. La espiritualidad de esta Sociedad de María ha ofrecido a la Iglesia mártires y santos, lo que da testimonio de la validez de su carisma:

*San Pedro Chanel S.M, primer mártir y patrono de Oceanía,

*San Marcelino Champagnat S.M, fundador de los Hermanos Maristas de la Enseñanza.

*San Pedro Julián Eymard, ingresó en la Sociedad de María y luego, movido por su gran devoción a la Eucaristía infundió este espíritu a las obras que él inició.

*Juana María Chavoin, cofundadora con el P. Colín de las Hermanas Maristas

*El grupo de “pioneras seglares” que movidas por el impulso misionero, especialmente en Oceanía dieron origen a las Hermanas Misioneras de la Sociedad de María

*El P. Félix Rougier, perteneció también a la Sociedad de María antes de fundar la Congregación Padres Misioneros del Espíritu Santo

*Numerosos misioneros y entre ellos varios mártires es posible que algún día los podamos invocar como beatos o santos de la Iglesia de Dios que caminaron “*bajo el nombre de María*” tal como lo vivió y dejó escrito Juan Claudio Colín en sus Constituciones.

UN HUÉRFANO PREMATURO

En el caserío llamado Barbery a unos dos kms del pequeño pueblo Saint Bonnet-Le-Troncy, a 65 kms de la gran ciudad francesa Lyon, vivían Santiago Colín y María Gonnet. El año en que estalló la Revolución Francesa (1789), este matrimonio tenía ya siete hijos. Las noticias sobre las violencias parisinas para derrocar el Antiguo Régimen feudalista con proclamas en favor de los pobres y de los campesinos, llegan a este caserío todavía imprecisas y no perturban el ritmo ordinario de la familia. La sra. María queda de nuevo embarazada y da a luz felizmente a su octavo hijo el 7 de agosto de 1790 a quien le dan el nombre de Juan Claudio. Las primeras lágrimas de este niño coinciden con una situación que ahora ya no es tan pacífica. Hacía tres semanas que el Parlamento había aprobado la Constitución Civil del Clero, que será condenada como cismática por el Papa Pío VI, porque exigía que los obispos y los párrocos fueran elegidos por los políticos.

Inicialmente la Revolución Francesa no tenía carácter anticlerical; pero estos hechos cambiaron el ritmo de las cosas. En octubre de 1791 se abre el período del Terror. Se emprende una terrible campaña contra los obispos y sacerdotes que se resistan a jurar la Constitución y prefieran permanecer fieles al Papa. Además, con esta arma legislativa se promueve la confiscación de los bienes eclesiásticos, se prohíben los votos religiosos y los miembros del clero son considerados funcionarios del Estado.

En este ambiente, el párroco de Saint Bonnet se atemorizó tanto, que juró la Constitución; pero no esperaba la reacción de sus feligreses: la mayor parte de los parroquianos consideraron este juramento de su párroco como una traición. Y en la misa del domingo cuando el párroco se propone dar sus explicaciones, una voz decidida grita en medio de la asamblea: “El lobo se ha metido en el rebaño”. Los laicos de Saint Bonnet no querían seguir con un párroco traidor a la causa católica y abandonaron la Iglesia. El sacerdote, conmovido por esta repulsa, aprendió la lección y fue rápidamente a retractarse de su juramento.

Pues bien, uno de los protagonistas de la causa católica fue Santiago Colín, más aún, tuvo el coraje de dar hospitalidad en su caserío al cura arrepentido, que depuesto de su cargo, luego fue perseguido por haberse retractado. En este ambiente, comienzan las denuncias contra el sr. Colín y otros paisanos acusados de colaboracionistas y enemigos de la Revolución. El Directorio del Ródano pronuncia sentencia: “...Condenamos a pena de

arresto y de entrega al Tribunal Extraordinario, a los ciudadanos: Paesse, Santiago Colín y Santiago Rolín...para que sean juzgados según ley”.

Los tres inculcados, advertidos de la próxima captura, optan por esconderse en los bosques cercanos. Durante catorce meses, Santiago Colín, acosado por todas partes, tan solo pudo dormir dos noches en su casa. Mientras tanto son confiscados sus bienes, vigilada su vivienda y se practican sorpresivos registros. Así, la numerosa familia vive entre el sobresalto y la sobrevivencia. María Gonnet, como madre y ama de casa se siente sola y abatida, a penas puede dar un poco de seguridad a los pequeños.

Al caer el régimen del Terror, puede, por fin, recuperar a su marido. Santiago llega a casa a finales de julio de 1794, cuando el pequeño Juan Claudio ya casi cumple cuatro años. Pero la mamá María, agotada de sufrimientos y humillaciones, muere el 20 de mayo de 1795. Tenía 37 años. Le dio tiempo a exhortar a sus hijos que recurran a la Madre del cielo y no olviden sus enseñanzas. El dolor de esta separación se duplica a veinte días: muere el papá Santiago dejando un futuro lleno de incertidumbre para sus hijos. El niño Juan Claudio no ha cumplido aún sus cinco años cuando queda huérfano.

LA SOLEDAD DE UN HUÉRFANO

El matrimonio Colín dejó ante sus hijos un inolvidable testimonio de fidelidad cristiana. Cayeron víctimas de una Revolución que gritaba *libertad, igualdad y fraternidad*; pero no consentía que nadie pensara distinto de los dirigentes. Fueron víctimas de la dictadura de las ideas que tratan de imponerse a las conciencias en nombre de la libertad. Resulta bochornoso que en nombre de tan bellos ideales, gritados en todas las plazas y reuniones se asesine a tanta gente buena por exigir libertad de conciencia, igualdad de trato ante la ley y respeto a una relaciones pacíficas de convivencia. En el caso que nos ocupa estos honrados campesinos no pudieron dejar a sus hijos la seguridad y el cariño que aporta la presencia de los padres mientras van creciendo en familia hacia la madurez. Este hecho imprimió huellas en la manera de ser de Juan Claudio que crecerá tímido, retraído y solitario.

La nueva situación complica más aun la evolución sicológica del niño. A un hogar asediado por las zozobras y el pánico ante los registros constantes de la policía de la Revolución, se une ahora a esta familia la presencia de un tío débil de carácter y una sirvienta o ama, María Echallier, solterona, escrupulosa e impositiva. Esta mujer implanta un régimen pedagógico lleno de prohibiciones y meticulosidades que no aportan paz y alegría al hogar. Los niños crecen con más temor que afecto ante la mano férrea de su ama de casa.

Juan Claudio no es feliz. Muy pocos detalles conocemos de su infancia; pero los suficientes para comprobar que arrastra un aire de tristeza y soledad, lejos del contacto con los

demás niños del pueblo. La religión que les transmite esta mujer puritana no favorece el equilibrio de su afectividad, pues está llena de obsesiones por el temor al pecado, sobre todo, en las cosas sexuales y el peligro que comporta el trato con las niñas. En medio de este clima Juan Claudio se refugia solitario por el bosque y puebla su imaginación de presencias espirituales. En varias oportunidades dirá, más adelante, que toda su ilusión era llegar a ser mayor para vivir como un ermitaño. Se siente incómodo con la gente. Al menos, entre los árboles y senderos del bosque se siente libre y escapa de los ojos inquisitoriales de su ama.

A los nueve años, experimenta un cambio interesante de ambiente que influye benéficamente para superar frustraciones y complejos. Su hermano mayor cumplidos 21 años decide que la familia deje el caserío y se traslade a la casa que tenían en el pueblo de Saint Bonnet. Al menos, en el pueblo todos ganan en relaciones humanas con otros niños y jóvenes aunque Juan Claudio no pierde su timidez y retraimiento. Un detalle que recuerda de esta época es el entrañable afecto que siente por una imagen de la Virgen de los Dolores que se venera en el templo. Dice que a Ella le cuenta sus sueños de vivir, cuando sea mayor, *“solo con Dios solo”*.

Al cumplir los trece años, comienza la preparación para acercarse a la Primera Comunión. Pone tanto empeño en hacer bien las cosas que se entrega a mortificaciones y sacrificios que escucha o lee que son buenos para dominar las tentaciones y vencer el pecado. Su salud se resiente, faltaba una madre que pudiera moderar las indiscretas penitencias e incluso ayunos que practicaba. Con todo, débil y enfermizo, recibe la Primera Comunión a los catorce años.

A esta edad no le queda prácticamente otra alternativa que seguir los trabajos campesinos de la familia o irse a estudiar al seminario menor de Saint Jodard, siguiendo los pasos que ya había dado su hermano Pedro. Aunque parece que, si bien, no le atrae el matrimonio, tampoco le entusiasma demasiado el ser sacerdote. Pero considera que será bueno estudiar para poder realizar su proyecto de vivir como ermitaño para Dios solo y ser un hijo fiel de la Virgen Madre amorosa:

“Mi hermano mayor, habló con el ama María y ambos decidieron que tenía yo que ir a estudiar al seminario de Saint Jodard. Seguí sus indicaciones; pero sin pensar para nada que iba a prepararme para el sacerdocio. Tan solo pensaba que esto sería el mejor medio para realiza un día mis sueños...”

LA EXPERIENCIA DE UN TÍMIDO EN UN LARGO INTERNADO (1804-1816)

Juan Claudio comienza su itinerario escolar de enseñanza media el 1º de noviembre de 1804. El régimen de internado en aquellos tiempos era, más bien, de tipo monacal. Desde el primer día hay que aceptar esa especie de acuartelamiento que no anda con contemplaciones ante las debilidades de nadie. Se impone una disciplina exigente. A las cinco de la mañana suena la campana y se inicia todo un rosario de prácticas religiosas, clases, recreos, estudio silencioso, todo ello intercalado con las horas de las comidas, generalmente austeras y rápidas. Los primeros años los pasaban la mayor parte del tiempo, a vueltas con el latín, el griego y la lengua nacional. La Iglesia ha estado empeñada por siglos en que sus clérigos dominen las lenguas clásicas, para poder leer los grandes autores antiguos y medievales en sus escritos originales y seguir con atención las explicaciones filosóficas y teológicas con la facilidad con que se escucha y habla la lengua materna. No hay tiempo que perder. Tan solo el jueves por la tarde salen de paseo en largas filas bajo la estrecha vigilancia de algunos profesores. Este tipo de internado está orientado a formar gente disciplinada y obediente; pero requiere una buena fortaleza física y un temperamento comunicativo capaz de salir airoso de los enfrentamientos y bromas que ocasiona vivir entre tantos jóvenes enclaustrados.

Al joven Colín no podía sentarle bien un régimen tan austero. Su cuerpo andaba demasiado golpeado por las penitencias indiscretas y los imprudentes ayunos a los que se sometió en plena adolescencia. Sin embargo, fue, más o menos sobrellevando las cosas entre malestares, dolores de cabeza, bronquitis y debilidades en general.

Un internado sin buenos pedagogos comporta en muchos jóvenes desarreglos psicológicos de insospechadas consecuencias. Parece que nuestro joven trataba de sublimar estas cosas dándoles contenido religioso, especialmente ofreciendo sus molestias como acto de reparación por los pecados y en honor a la Virgen María. Pero su situación física fue empeorando y el Rector lo despide, enviándolo a su casa sin esperanzas de retorno en abril de 1809. En casa ya no encuentra a su ama María Echallier. Su hermano Juan se había casado y ahora es la cuñada la que asume el cuidado del enfermo. A sus diecinueve años se siente morir y pide que le administren los últimos sacramentos. Pero el párroco no le da demasiada importancia a esta solicitud y en el atemorizado seminarista se origina todo un mundo de inquietud y angustia por la suerte de su alma. Para colmo, viéndole a las puertas de la muerte, es testigo impotente de las discusiones que originan sus pertenencias. Le da la impresión que, a sus familiares, les interesa más lo que puedan heredar de sus pequeñas posesiones, que su misma persona; así lo percibe el enfermo ante la insistencia en que redacte su testamento. Esto influye tanto en su espíritu que, desde entonces, sintió siempre una verdadera náusea ante la codicia. Cuando ya está delirando, el párroco llega con los auxilios espirituales. Y poco a poco se restablece. Ante esta sorpresiva curación vuelve a sentir fuerzas para seguir los estudios; pero esta vez ingresa en el seminario más cercano de Alix.

En este internado tiene la fortuna de encontrarse con un jefe de estudios, P. De la Croix, que entendía de medicina y, al conocer su caso, se muestra benevolente proponiéndole un

programa de estudios más moderado. En este centro termina sus estudios complementarios y recibe las órdenes menores o primer paso en el camino hacia el sacerdocio. Por circunstancias originadas por las nuevas normas relacionadas con los colegios eclesiásticos, el cardenal Fesch, tío de Napoleón, ordena que la mayor parte de los seminaristas se trasladen al seminario de Verrières. En 1812, se encuentra Colín cursando filosofía en este centro junto a compañeros con quienes mantendrá lazos de gran amistad y colaboración a lo largo de toda su vida: Juan María Vianney, futuro santo cura de Ars; Marcelino Champagnat, futuro Padre Marista y Fundador de los Hermanos Maristas de la Enseñanza; Esteban Déclas y Esteban Terraillon, también futuros Padres Maristas.

Entre los libros que medita atentamente se encuentra el de H.M.Boudin: *“Dios solo o la Sociedad al servicio de Dios solo”*. Este autor propone que habría que decidirse a crear una Sociedad Apostólica, amparándose en la Virgen María como protectora y guía. Colín anota sus reflexiones y va madurando lo que llamará su “pequeño proyecto”. ¿Qué sería este “pequeño proyecto”? Parece que no le atraía el sacerdocio como tal, aunque tampoco lo excluye, sino un género de vida que valorizase lo escondido, lo sencillo, “algo pequeño, interior, del todo consagrado a María” para servir mejor a Dios.

En 1813, a los veintitrés años, el 1º de noviembre ingresa en el seminario San Ireneo de Lyon para los estudios teológicos. Todavía se le nota tímido y solitario; pero se está esforzando para vencer su dificultad para hablar en público. Su aspecto, algo encorvado y enjuto, le valió el apelativo de *“le petit Colin”* = *el pequeño Colín*. De hecho su estatura de 1 metro 63 cms parece haberse encogido. Los profesores dudan que pueda culminar su carrera; pero el comprensivo profesor de Moral y director espiritual, le orienta para que no castigue su cuerpo y cumpla sus deberes con mayor tranquilidad.

La gran biblioteca del seminario le proporciona amplio material para su afición a la lectura y, con su libreta de apuntes, va asimilando toda una serie de autores místicos como San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, P. Surin, P. Lallemant, San Francisco de Sales, María Agreda... Uno de los autores que le despierta mayor entusiasmo es el italiano José Ignacio Franchi con su libro: *“Tratado de la abnegación propia o el desprecio de sí mismo”*.

La manera de ser de Juan Claudio ocasionaba entre sus compañeros y profesores cierta subestimación. En esos momentos, su pensamiento recurría a las reflexiones de Franchi, considerando que solo el Creador era todo y la criatura nada. Y si no había que esperar de los demás halagos o aprobaciones, lo mejor era aceptar con agradecimiento las humillaciones y desdenes por amor a Dios. De este modo el permanecer en la sombra, el no ser importante, le ayudaba a sobrellevar su timidez e incluso a sentir como camino de santidad el pasar desapercibido o como ignorado.

SE VISLUMBRA UNA RESPUESTA

En enero de 1814 recibe la orden del subdiaconado. Quiso el arzobispo que todos los seminaristas teólogos recibieran esta ordenación para evitar que fueran llamados al servicio militar. Con este acto prácticamente quedan embarcados en el camino hacia el sacerdocio. Con este paso se acrecienta en Colín la tensión entre las responsabilidades pastorales que conlleva el servicio parroquial y su aspiración a una vida escondida. ¿Cómo resolverá este dilema?

Con las nuevas facilidades que surgen para la Iglesia al publicarse la Carta Constitucional de la Restauración el 4 de junio de 1814, comienza un movimiento intenso de renovación y búsqueda de vocaciones para la vida sacerdotal y consagrada. Aumenta el entusiasmo por la vida religiosa y misionera. El punto de mira de los reclutadores de candidatos se fija en los seminarios diocesanos donde reina gran ilusión por reconvertir la Francia descristianizada debido a los avatares de la Revolución.

El Vicario General de Lyon, Claudio Bochard escribe preocupado al cardenal Fesch: “Un asunto que considero de gran importancia es la posible pérdida de muchos de nuestros candidatos al sacerdocio. Los distintos Institutos...acabarán por llevárselos tarde o temprano a sus conventos. Su diócesis es un rico semillero donde pronto vendrán todos a cosechar, dado que, hasta el momento, no encuentran a casi nadie en los demás seminarios...”

El mismo Bochard para contrarrestar esta “invasión” publica su “Proyecto Piadoso”, proponiendo una Compañía de Misioneros Diocesanos para captar a los más fervorosos y entusiastas. Colín no ve claro su futuro; pero en Otoño de 1815 escucha, finalmente, una idea que le deja “fascinado y como aturdido”. Un fogoso seminarista de palabra fácil y convincente, lanza la idea de una Sociedad de María que, como las otras fundaciones, pretende responder a las necesidades nuevas; pero bajo un nombre que encierra todo un programa de vida y acción: El de María, con su estilo discreto, humilde, sencillo. Los tiempos actuales exigían estilos nuevos de presencia y acción de la Iglesia en el mundo. María había sido el apoyo de la Iglesia naciente, lo sería también en estos tiempos de incertidumbre e incredulidad. Sus hijos irían a las regiones más abandonadas del campesinado y evangelizarían a los más necesitados por el mundo entero, siempre al modo discreto y servicial de la Madre del Salvador.

Colín siente un inmenso alivio: ¡Podría vivir su sacerdocio a la sombra de la obediencia y bajo la protección maternal de María! Se adhiere de lleno a este nuevo proyecto y se dice a sí mismo: **“Esto es lo tuyo”**. Ya no tendría necesidad de lanzarse por su cuenta a proponer algo distinto, pasaría desapercibido, haría lo que otros no pudieran o no quisieran hacer con el estilo sencillo y humilde de María que con su ternura maternal y su misericordia permaneció oculta en medio de los apóstoles; pero hizo más que todos ellos por el Reino de su Hijo. Además, entre los simpatizantes de este proyecto encuentra a los ya conocidos: Déclas, Champagnat, Terraillon...que asisten a las reuniones del promotor de la idea, Courveille, convencidos de que la mano de Dios está con ellos:

“El lugar de nuestras reuniones era, generalmente un bosquecillo del jardín de la casa de campo del seminario. Alguna que otra vez nos reuníamos en una sala o en otros sitios según las circunstancias. Aprovechábamos estas reuniones para estimular nuestros propósitos, considerando, unas veces, nuestra buena suerte al ser los primeros hijos de María y, otras, pensando en las grandes necesidades de la gente. Periódicamente Courveille nos dirigía la palabra. Casi siempre aludía a la necesidad de imitar a María, especialmente en su inefable humildad. Y nos repetía a menudo aquellas palabras del rey David: No a nosotros, Señor, sino a tu nombre da la gloria” (Terraillon)

Colín se sentía feliz. Eran otros los que proclamaban en público cosas que, de alguna manera, aunque confusamente, llevaba él en su corazón desde hacía años. Antes de terminar los estudios acuerdan formular una declaración de principios orientados “al establecimiento de la piadosa Congregación de los Maristas”. Juan Claudio, el más tímido de todos es elegido para que redacte la Regla de vida teniendo en cuenta lo conversado en las reuniones y que ha demostrado lo profundamente que ha calado en él esta idea.

En este grupo destaca también Marcelino Champagnat que insiste tanto en la necesidad de una fundación de Hermanos de la Enseñanza que sus compañeros le encomiendan particularmente esa tarea, a la que se dedicará con gran empeño desde el comienzo de su sacerdocio.

PROMESA Y DISPERSIÓN DE LOS ADHERENTES

El 22 de julio de 1816 llegó el día de la ordenación sacerdotal. Al día siguiente, ocho sacerdotes y cuatro seminaristas, en el Santuario de Nuestra Señora de Fourvière en Lyon, se comprometieron a fundar una Congregación que llevara el nombre de María, convencidos de responder a un deseo de la Madre del Señor, Madre de misericordia expresado para ellos en estas palabras: *“Yo fui el apoyo de la Iglesia naciente y lo seré también al final de los tiempos”*:

“Estas palabras significaron para Juan Claudio Colín y sus compañeros el reto de asumir la solicitud de María para la Iglesia de su tiempo, amenazada de nuevos peligros. La nueva Congregación estaría formada por varias ramas, reuniendo así a toda clase de personas. Sería, al mismo tiempo universal y diocesana, dispuesta a acudir a donde se la necesitara, pero estrechamente identificada con la Iglesia local. Estaría presente en la Iglesia como María en medio de los apóstoles, una presencia tanto más eficaz cuanto más escondida. Finalmente reuniría a todos los creyentes bajo el nombre de María en una tercera orden abierta a todos. De este modo se vería en la Iglesia, al final de los tiempos, lo que se había visto al principio: una comunidad de creyentes con un solo corazón y una sola alma”.

En aquel solemne momento de la promesa no se podía prever aún que el menos capacitado humanamente para sacar adelante un proyecto de tanta envergadura iba a ser “el pequeño Colín”. Todos son sacerdotes diocesanos, saben que muy pronto la Junta Arquidiocesana se reunirá para decidir sobre sus diferentes destinos pastorales. Y, a partir de ahí comienza la dispersión: A la parroquia de Cerdon es nombrado párroco D. Pedro Colín que ya actuaba como cura en Salles. Juan Claudio acompañará a su hermano Pedro como coadjutor. Tal es el nombramiento con fecha de 27 de julio de 1816.

Quizá los superiores eclesiásticos tuvieron en cuenta el modo de ser del nuevo sacerdote y quisieron facilitarle unos comienzos no tan impactantes bajo la fraterna compañía de su hermano Pedro, hombre juicioso que ya tiene seis años de experiencia sacerdotal. A su lado podrá tener más confianza en sí mismo y liberarse de su encogimiento. Dios siempre hace las cosas a su modo y se sirve de los instrumentos más sorprendentes para realizar sus proyectos. Este estilo divino lo encontramos multitud de veces en la Sagrada Escritura. La figura de la humilde virgen de Nazaret es un buen testimonio: “Miró la pequeñez de su esclava...”. No son las capacidades humanas las que por sí solas pueden llevar a cabo las obras que Dios pide o suscita en su Iglesia. En la parroquia de Cerdón, junto a su hermano, sereno y comprensivo, Juan Claudio se encontrará a sí mismo, modelará su carácter, dejará salir a flote una energía y capacidad, un estilo apostólico que, poco a poco, dará la impresión de que se trata de otro personaje. En cierto sentido, en Cerdón, a los veintiséis años de edad, Colín junior comenzó a vivir de nuevo.

PERFILES DE UN HOMBRE NUEVO

La parroquia de Cerdón, a unos 100 kms de Lyon, tenía por aquel tiempo unos 1.800 habitantes: “Cuando me nombraron como coadjutor estuve allí como alelado durante unos dos meses. Hablaba siempre con tal encogimiento que la gente tenía que pensar que yo era tonto o que estaba muerto de miedo” (Juan Claudio Colín).

Efectivamente, comienza su ministerio al estilo eremítico. Pasa la mayor parte del tiempo en el templo y en la casa parroquial. Sus predicaciones dominicales, copiadas de los grandes oradores; pero leídas en un tono cansino, sin atreverse a levantar la voz y a mirar a la gente, resultaban tan monótonas y aburridas que los buenos feligreses bostezaban o dormían plácidamente. Además, a los comienzos, meterse en el confesionario era una angustia, pues su moral rigorista le planteaba constantemente si podría o no absolver a tal o cual penitente. Tiene tantas dudas que no se atreve a dar un paso sin consultar a su director espiritual del seminario, P. Chotellon.

Sin embargo, el ejemplo de su hermano Pedro y la situación de miseria que constata personalmente en gran parte de sus feligreses, comienzan a trabajar su espíritu volviéndolo a la realidad. Comprende que Dios espera de él otra cosa: puede vivir desconocido y oculto, pero en medio de la gente, no huyendo a la sacristía. Esta forma de ser “desconocido y oculto” debe ser un estilo de apostolado, una actitud de su espíritu;

pero de ninguna manera escaparse del mundo real. Su hipersensibilidad ha de orientarse hacia la comprensión de su siglo, de sus gentes, no para encerrarse en sí mismo. Después de haber leído tantos libros en el seminario aprende, por fin, a leer el *“texto de la vida”* que es el más importante de todos. Y pacientemente emprende su propia restauración. Se desprende de los sermones “prefabricados”, cambia el tono de sus prédicas, grita, gesticula, pone vida y calor en sus palabras. Su mirada se dilata, su rostro aparece más sonriente, sus consejos en el confesionario mucho más comprensivos y tolerantes. Va descubriendo la centralidad de la misericordia y opta en adelante por las soluciones que muestren mejor esa misericordia. El pueblo reacciona con simpatía ante esta evolución de su piadoso coadjutor. El trato personal se hace más directo y ocurrente. Sabe entretener a los niños. En poco tiempo, parece que todo un mundo de complejos y frustraciones va cayendo por tierra. El joven sacerdote es ahora un hombre de acción, de iniciativas, capaz de responsabilidades y de ilusión para realizar proyectos y defenderlos con pasión cuando está convencido de su valía para el bien de los otros. En una palabra Juan Claudio ha recuperado o conquistado el sentido común.

La influencia de los hermanos Colín es tan manifiesta en el pueblo que hasta la misma municipalidad aprueba una ayuda para refaccionar la casa parroquial, que está hecha un desastre. Mientras se llevan a cabo las obras de reparación, aceptan sin problemas compartir las más o menos humildes mesas de los vecinos. Es otra interesante oportunidad para conocerlos mejor, participar en las polémicas que se suscitan y en las bromas que aparecen espontáneamente en las reuniones. El tímido Colín ya utiliza el humor y aprende a reír las ocurrencias y a expresarlas con esa “sana malicia” campesina que le rodea.

El mundo parroquial se ha hecho ahora más humano: “Al comienzo yo no decía una palabra más alta que otra. Se quejaban de que yo era frío, que era muerto”. Pero después de un tiempo de rodaje, ya se apreciaban y se comentaban sus predicaciones. Aquellos agricultores y viñateros se sentían ganados por las contundentes razones de un hombre que también aprendió de ellos humanidad y llegó a quererlos realmente. Ellos se dan cuenta de estar ante un hombre que era más alegre de lo que habían pensado, más cordial y comunicativo de lo que daba a entender en sus primeros tiempos. La libertad que el seminario no le dio, la encuentra con la gente sin perder para nada su identidad sacerdotal. El paso ha sido duro. Mucha oración y esfuerzo están a la base del cambio. Ahora sí comprende que el ministerio sacerdotal no consiste en vivir retirado en la casa parroquial o únicamente de rodillas ante el sagrario, dando una imagen de alguien distante, solemne, severo, sino en vivir con una actitud sencilla, bondadosa, amable y servicial. Todo esto no está reñido con la interioridad que él necesita y cultiva, al contrario nace de ella.

INTERIORIDAD DIALOGANTE

Es cierto que la mayor parte del día, la pasa nuestro coadjutor ocupado en tareas ministeriales: celebraciones, catecismo, visita a los enfermos...pero aún queda un amplio margen para la oración personal, la lectura espiritual y, principalmente, algo que constituye su preocupación íntima: *Redactar una Regla para la fundación de la Sociedad de María, trabajar en su realización, como, por otra parte, se lo habían encomendado sus compañeros de la promesa fundacional*. El momento privilegiado para ir traduciendo sus pensamientos es por las noches. Retirado en su celda piensa, ora, corrige una y otra vez... Y cuando el pensamiento no fluye, coloca sus papeles sobre el altar donde celebra la misa o se pone a conversar con verdadera confianza ante la imagen de la Virgen María. La idea de una Sociedad de María llega a ser el tema preferente de su interioridad. Y allí, en Cerdon, solo su hermano Pedro conoce este secreto, lo respeta, lo apoya y, al fin, se adhiere a él.

Es cierto que sus compañeros le habían encomendado la redacción de una Regla de Vida; pero este compromiso adquirido solemnemente lo vive ahora como un impulso venido de lo alto, lo percibe como una voluntad de Dios que quiere que exista una Sociedad Religiosa que lleve el nombre de María y sus miembros se llamen Maristas:

“Durante los seis primeros años de mi sacerdocio, solo el hecho de pensar en la Sociedad de María me hacía sentir feliz. Incluso se me encendía el rostro con solo oír hablar de nuestro proyecto”...“¿No es admirable que un pobre vicario de parroquia sin talento y sin haber leído ninguna otra Regla haya hecho esto? ...Es la Virgen quien lo ha hecho todo”.

Las circunstancias no permiten que el grupo inicial se reúna para dar cumplimiento a su promesa. Colín es consciente de que alguien tiene que preparar los fundamentos que la hagan posible. Ciertamente que son muchas sus limitaciones; pero es grande su confianza en la Madre de Dios. Para él, María, es una persona viva, una presencia real, una madre cercana. Cuando no salen bien las cosas, en esas largas viglias de interioridad recurre familiarmente a Ella diciendo:

“¿Quién soy yo para hacer tu trabajo?... No soy nada, no tengo talento: ¿Por qué me has cargado con tanta responsabilidad? Si quieres que esto se termine dime qué tengo que poner aquí”. Dejaba su pluma en manos de María y luego, sonriente y recordando contaba: “No sucedía nada; pero enseguida yo continuaba escribiendo y lo hacía con más soltura”.

Estaba convencido de que aquellos pensamientos venían de María o de Dios a través de Ella. De esta convicción surgía su acérrima defensa del espíritu con que debe trabajar todo aquel que se incorpore a esta Sociedad. Cuando años más tarde lea la Regla de los Jesuitas (pudo hacerlo en su viaje a Roma en 1833) revisará algunos puntos y se inspirará en ellas para lo relacionado con la organización. Pero siempre defendió enérgicamente que lo fundamental no había sido tomado de ningún modelo anterior ni de experiencia alguna de vida religiosa.

¿Cómo concibe en su interioridad el proyecto mariano? Ciertamente en la Iglesia existen muchas congregaciones que se ponen bajo el patrocinio de la Virgen María. Unas

pretenden desarrollar la devoción o el culto a la Madre de Dios, otras quieren resaltar algún privilegio o dogma mariano, y también algunas la ponen como modelo de apostolado o espiritualidad. Juan Claudio Colín, ve a María por referencia a la Iglesia: *“Estas palabras fueron las que presidieron el nacimiento de la Sociedad: Yo he sido el apoyo de la Iglesia naciente y lo seré también al final de los tiempos”*. Palabras que él considera dichas por María y en las que encuentra fundamento y aliento todo trabajo en favor de su Sociedad. Son dos temas entrelazados: *“María en medio de los apóstoles”* (nos conduce a la Iglesia naciente) y *“María en estos tiempos de incredulidad e incertidumbre”* (mira a la Iglesia en el tiempo histórico presente).

En términos actuales traduciríamos este modo de hablar diciendo que todo gira con la mirada puesta en *“la misión de María en la historia de la Salvación”*, o también, se trata de vivir una Iglesia desde su tipo o figura que es María. Una Iglesia con perfil marial. Esta visión, siempre presente en su corazón, puede calificarse como el núcleo o intuición básica de lo que pretende realizar. Pero ¿cómo expresar esta intuición que, después del Vaticano II parece tan simple, con el bagaje intelectual tan limitado que adquirió en el seminario sobre eclesiología y mariología? Por eso, no es de extrañar que recurra al lenguaje imaginativo que le presta la lectura de la voluminosa obra *“La Ciudad Mística de Dios”* escrita por la monja española María de Agreda. En ella encuentra a la Madre de Dios llena de actividad en la Iglesia primitiva. Esta mística describe a la Virgen María como consejera, guía, maestra de los apóstoles. Desde su ocultamiento es impulsora de la acción misionera... Colín, al aplicar esta figura de María a su tiempo deduce como fórmula de apostolado marista el *“pasar desapercibidos y ocultos en este mundo”*. Recurrimos a sus mismas palabras:

“Cuando Dios habla a un alma, dice muchas cosas con pocas palabras. Ahí está esta palabra: *Desconocidos y ocultos en el mundo...* Señores, solo más tarde se llegará a valorar una frasecita de la Regla: *ignoti et quasi oculi* (*desconocidos y como ocultos*). Se puede afirmar que en ella se encierra el espíritu de toda la Sociedad de María... A pesar de que no tenemos que excluir ningún trabajo apostólico en nuestros ministerios, debemos permanecer, sin embargo, siempre desconocidos y como ocultos. No tenemos por qué preocuparnos de honores. Si hacemos todo debidamente, ése será nuestro mérito ante el Señor. Busquemos únicamente la gloria de nuestro Dios y nosotros, desconocidos...” En efecto, la Virgen María (y es la Iglesia quien lo dice) es el canal de todas las gracias, la reina de los apóstoles...¿Cuántos bienes no habrá producido en las almas? Y, a pesar de todo, vivía en este mundo oculta y como ignorada”.

Es evidente que una Iglesia vista desde la figura de María no tiene sentido que aparezca triunfalista, como adora, con ansias de poder o de riquezas. El modelo va por otro camino. Por eso insiste el fundador de los Maristas: “Yo no he recibido otro estímulo que contemplar la Iglesia primitiva” y “desde el comienzo fue anunciado que nuestro modelo, nuestro único modelo, debía ser la Iglesia primitiva”. Pero no hay una Iglesia primitiva sin María en medio de los apóstoles, por lo tanto, María es el modelo de acción para una Iglesia humilde y servidora. Posteriormente manifestará todavía con más audacia su pensamiento:

“La Sociedad debe recomenzar una nueva Iglesia...No pretendo con ello servirme de esta expresión en el sentido literal que, a primera vista, ofrece, sería una impiedad. Pero

digo que, en cierto modo, sí, tenemos que reiniciar una Iglesia nueva...La Sociedad de María debe reproducir los primeros tiempos de la Iglesia”.

Lo que tiene que hacer la Iglesia es lo que hizo María: presentar al Señor al mundo, que es presentar la vida, al Hijo de Dios como salvador de todas las gentes. Para eso vino el Espíritu Santo sobre María y sobre la Iglesia. Por lo tanto, la Iglesia no necesita alianzas con el poder para realizar su misión. No hay que poner obstáculos a la obra de Dios.

PRIMERAS REALIZACIONES

El proyecto ideado por el grupo de seminaristas en el seminario de Lyon sería una Congregación bajo el nombre de María, compuesta por varias ramas, reuniendo así toda clase de personas deseosas de seguir su espíritu: sacerdotes, hermanos, monjas, laicos sin abandonar su propio mundo. En este sentido, las noticias procedentes del P. Marcelino Champagnat eran prometedoras. A los seis meses de su ordenación ya tenía candidatos para la rama de Hermanos Maristas de la Enseñanza. También le llegan noticias optimistas de D. Courveille que ha dado pasos significativos para una Cofradía de laicos. Pero las relaciones cordiales que tenía este sacerdote con el Vicario General se fueron enfriando y D. Courveille fue confinado a una lejana aldea de Lyon con lo cual se perdía la posibilidad de una aprobación temprana de la Sociedad en esta diócesis. Además D. Courveille poco a poco va demostrando actitudes desaconsejables para liderar al grupo que un día él mismo entusiasmaría en el seminario con su iniciativa. Tal como van las cosas, en realidad, el más joven de los Colín, era el único que se hallaba en situación de hacer frente a los acontecimientos e intentar realizar las gestiones referentes a la Sociedad. Todo va orientándose hacia una toma de conciencia de que debía comprometerse más activamente en la promoción del proyecto marista. Y muy pronto todo gravita sobre él.

Los Colín se lanzan a la fundación de la rama femenina, Hermanas Maristas. D. Pedro conocía una señorita feligresa de la parroquia que había atendido antes de ser nombrado párroco de Cerdon y propone a su coadjutor llamarla con el fin de comprometerla en esta fundación religiosa. Le escriben una carta y a los pocos días, Juana Chavoin, de 31 años, soltera, dotada de gran sentido común, dinámica e intuitiva y, además deseosa de consagrar su vida enteramente a Dios, se pone en camino, capta rápidamente el objetivo de la proposición y acepta participar para alegría de los Colín.

Juana Chavoin ya tenía en su parroquia buena reputación, lo que queda patente al haber sido invitado hasta en cuatro oportunidades para hacerse religiosa en diversas congregaciones. Ella deseaba ser mujer consagrada; pero no encontraba respuesta definitiva a sus aspiraciones. El mismo cardenal Fesch le había insistido sobre el tema. Y ella le dijo que no. El cardenal Fesch le preguntó abiertamente: “¿Qué busca entonces ud.?” Juana le respondió: “Monseñor, yo quedaré en casa de mis padres hasta que conozca con más claridad la voluntad de Dios”.

El encuentro con los Colín hizo el milagro de encontrar esa claridad. No había recorrido en vano los 150 kms que separaban Cerdon de Coutouvre. Juana, después de las conversaciones aclaratorias con Juan Claudio, vuelve a su casa a arreglar los asuntos pertinentes y, a los pocos días, a fines de 1817, retorna a Cerdon con su amiga María Jotillon para “comenzar la Sociedad de la Santísima Virgen”.

La presencia de esta mujer en la parroquia fue muy beneficiosa, no solo para que naciese la rama femenina de las Hermanas Maristas, sino también para la misma vida de Colín ya que Juana era una mujer equilibrada y dinámica, lo cual no podía menos de ser un excelente apoyo para el hipersensible temperamento del todavía inexperto coadjutor:

“Cuando los Padres estaban abatidos por tantos golpes que recibían, yo no me arredraba, trataba de animarlos; pero algunas veces también ellos trataban de animarme a mi cuando ellos estaban serenos. Sin duda, a pesar de todo, aquellos tiempos fueron los mejores” (Juana Chavoin).

Las dificultades llegan imparables. Existe una barrera infranqueable en la jerarquía para conceder permisos a los aspirantes para reunirse. Las cartas y las visitas a la Curia no sirvieron de nada. En esta situación, alguien aconseja recurrir directamente al papa Pío VII con una carta enviada en 1819. No hay respuesta. Animados por un obispo, escriben de nuevo el 25 de enero de 1822. Y cuando menos lo esperaban llegó respuesta de Roma. El papa Pío VII alaba el proyecto y aconseja presentarlo al nuncio de París, Mns. Machi. Con este impulso deciden visitar al nuncio en Noviembre. Como Juan Claudio, por ser el coadjutor, tiene mayores facilidades para movilizarse dejando la parroquia por un tiempo, emprende el largo camino hacia París. Y así lo cuenta:

“Yo en París ¿qué os parece? Realmente no me sentía muy ufano. ¡Y qué tipo de vicario de aldea debía yo tener entonces!”

Así son las cosas. El apocado Colín, de ahora en adelante, lo encontraremos visitando altas jerarquías y sorprendiéndose una y otra vez ante las atenciones de guardias y purpurados. Siendo ya de edad avanzada, recordará con humor estas audiencias en aulas majestuosas y pasillos imponentes. Total, experimentó el fracaso de muchas solemnes recepciones. Y, por si faltaba poco, la política llega para complicar las cosas. Las relaciones con el gobierno imponen una nueva organización de la administración eclesiástica. La inmensa arquidiócesis de Lyon queda dividida. Se crea la diócesis de Belley, a la que se adscribe la parroquia de Cerdon. Cuando Colin vuelve a viajar en la primavera de 1823, para buscar una respuesta a su solicitud, el nuncio le dice que ha remitido todo el expediente al nuevo obispo de Belley, Mns. Devie. Un nuevo fracaso, Colín regresa desalentado de París.

UN ENCUENTRO ENIGMÁTICO

Los aspirantes a pertenecer a la Sociedad de María han quedado separados en dos diócesis. Colín intenta conseguir el traslado al sector lyonés, antes de que tome posesión el obispo de Belley; pero no lo consigue. Todo parece complicarse, pues, por esta época, experimenta una extraña y dolorosa repugnancia ante la misión que le ha caído encima de sacar adelante la Sociedad de María. Durante siete años ha trabajado en los fundamentos de este proyecto fundacional; pero siempre con la esperanza de que sería otro quien tuviera el papel primordial. Esta esperanza no se cumple, pues cada vez más gira en torno a su persona lo referente a la Congregación. Se encuentra en una situación embarazosa.

Siempre se ha sentido acompañado por el sueño de vivir escondido y casi a la manera de un ermitaño. Y ahora se encuentra corriendo de un lado para otro, apareciendo públicamente como fundador. ¿Y qué había conseguido hasta el momento? ¡Tan poca cosa! ¡Y el futuro se vislumbraba más difícil! ¿No sería mejor renunciar a todo y hacerse trapense o cartujo?

En medio de esta tormenta espiritual, un buen día emprende su camino hacia Lyon. Está desorientado, decaído. Y mientras anda pensativo y solitario, como quien no sabe a dónde ir, una respetable señorita que se acerca a él por el andén terminal de la estación le dice:

“Señor cura, ¿quiere ud. venir un instante a mi casa?”. Colín, recuerda que la siguió a su casa, allí le ofreció una silla y luego la señorita le dijo:

“Señor cura, los pensamientos que andan dando vueltas en su mente desagradan singularmente a Dios...”. Y como él no salía de su asombro, la señorita, dice Colín, que le fue contando los favores y gracias extraordinarias que había recibido siendo coadjutor de su hermano. Y añadió:

“Dios que ha hecho grandes cosas en ud. aun las hará mayores, tenga valor y confianza”.

Colín se queda como paralizado, no acierta a decir más que un: “gracias, señorita” y medio asustado salió de la casa.

¿Quién era esta señorita? Esta experiencia la contó en varias oportunidades empleando habitualmente la expresión: “una dama”. Pero una de las veces la llama “señorita Jaricot”. Y es muy posible que así fuese, pues, varios detalles e indicios confirman que la misteriosa dama era Paulina Jaricot, la joven emprendedora que el año anterior había fundado la Obra de la Propagación de la Fe. Su casa se encontraba cerca de la estación de las diligencias que venían por el departamento de Ain. Lo cierto es que esta experiencia le dio ánimos para retornar a su parroquia.

Poco después, en pleno verano de 1823, decidió hacer el viaje a Belley para conversar con el Obispo que había tomado posesión solemne de su diócesis el 23 de julio. Sale muy de madrugada para ir a buscar la movilidad pública en Ambérieu:

“A los veinte minutos de camino...me parecía que todos los demonios se habían colocado detrás de mí para impedirme hacer este viaje. Me sentía pesado, con una repugnancia invencible, como si me fuera arrastrando, no pude más. Me puse de rodillas a la luz de la luna, en medio del camino y exclamé: Dios mío, si no es tu voluntad, no lo haré; pero si tú lo quieres, devuélveme las fuerzas y muéstrame así si es tu voluntad. De repente me sentí aliviado, alegre, ligero, caminé como una liebre”.

Para la rama femenina, Mns. Devie autoriza a Juana Chavoin y a María Jotillon a vivir en comunidad en una casa que alquilaron en Cerdon. Se inaugura el 8 de septiembre. Pero para la rama sacerdotal, solo D. Déclas consigue licencia para vivir con los hermanos Colin a partir de noviembre de 1824. Posteriormente Mns. Devie autoriza también a otro sencillo sacerdote para que se integre en el grupo. Se llamaba M. Jallon párroco de Izenave. Se incorpora al año siguiente. Por estos detalles los Colín escriben agradecidos al obispo: “Mons., hoy es cuando empieza la Sociedad de María. El P. Déclas ha llegado a Cerdon...”

Pero todo hace pensar que las intenciones del obispo no coincidían con las de estos piadosos sacerdotes, sino que al permitir esta integración trataba de formar un equipo misionero para la diócesis bajo sus orientaciones.

MISIONEROS POPULARES (1825-1829)

El obispo de Belley era un entusiasta de las misiones populares. Y considera al grupo de Cerdon como misioneros diocesanos. O sea, que el obispo no veía para nada el nacimiento de una nueva Sociedad de María. Pero las obras de Dios avanzan, con frecuencia, por caminos un tanto tortuosos hasta encontrar claridad. Mns. Devies les encomienda que evangelicen la difícil y abandonada comarca de Bugey. Y así proyectan su acción para el año 1825 y siguientes.

El domingo 9 de enero, Juan Claudio Colín y Esteban Déclas, emprenden camino hacia la vecina parroquia de la Balme. Es su primera misión popular. La caminata de unos 10 kms se hace penosa, hay que subir una cuesta y es pleno invierno. Pero se sienten impulsados a llevar a cabo la obra de María, *“la más madre que todas las madres del mundo”*. Sin duda, mientras van de camino, saldrá la conversación sobre los largos ocho años de gestiones ante la “gente importante de la Iglesia” para que María realice su obra a través de ellos. Ellos son una mínima esperanza de posibles días mejores, pues, “avanzan en nombre de María”. A Ella acostumbran a encomendar lo que consideran *“su obra”*: *“Desde el momento en que pisamos el territorio que vamos a evangelizar, nos ponemos de rodillas, rezamos a la Virgen...”*.

La Balme tenía unos cuatrocientos habitantes. Cada mañana recorren el camino de ida y al anochecer vuelven a Cerdon. El tiempo que permanecen en Balme lo consagran a la predicación, a las visitas domiciliarias, a dar catecismo a los niños y a atender confesiones. Desde el cuarto y quinto día hay buena disposición de los parroquianos para recibir el sacramento de la reconciliación. A veces, el mismo párroco de Cerdon, D. Pedro, colabora con ellos y, de este modo, el 29 de enero clausuran esta primera misión.

Como la actividad misionera no se compagina bien con sus cargos parroquiales, este grupo misionero pide que se le acepte la dimisión del trabajo pastoral en la parroquia, proposición que a Mns. Devies le parece muy razonable y les llama a vivir en la ciudad de Belley. Para facilitar las cosas, el obispo llama también al grupo de Hermanas Maristas, ofreciéndoles una casa de campo como residencia, Bon-Repos, que se convertirá en la casa madre de la rama femenina. Y al grupo sacerdotal les asigna como residencia, el seminario menor. La administración del seminario obedece esta orden; pero los aloja en la buhardilla, sin comodidad alguna. La presencia de los tres misioneros no solo fue mal vista en este entorno, sino también objeto de humillaciones y desprecios a toda hora. Sus propios colegas en el sacerdocio no podía aceptar que siendo diocesanos estuvieran tratando de fundar una Congregación Religiosa:

“Sufrimos muchísimo en aquella casa. Nadie puede imaginar el frío que pasamos y cómo fuimos cayendo enfermos uno tras otro en aquel rincón insano. Los profesores pasaban por mi celda al ir a la capilla (las tres celdas estaban en un corredor del

tercer piso) y me despertaban adrede cuando sabían que dormía. Mi pobre hermano sufrió más aún ya que como capellán de las Hermanas se quedaba más tiempo en el seminario mientras nosotros andábamos misionando. A pesar de todo, fue aquél uno de los mejores años de mi vida”.

A comienzos de otoño, se incorpora al grupo el sacerdote D. Jallon. Y durante cuatro años, pueblo por pueblo, recorren esta amplia región del Bugey. Experiencia dura y, a la vez, aleccionadora que Juan Claudio definía como un verdadero noviciado para los “cuatro pobres sacerdotes”: *“Sí, estos cuatro años, valen bien un noviciado”*.

Ya octogenario, recordará a los Padres reunidos en Capítulo, la huella imborrable de estas misiones populares, no solo en su espíritu, sino en el mismo hecho de la existencia de la Sociedad de María. Les recordaba “que los primeros padres maristas...eran hombres humildes, rectos, sencillos. Pero ¡cómo los bendecía el Señor! Su vida entera reflejaba la pobreza. Comíamos con los campesinos, dormíamos en una misma habitación. La predicación era de lo más sencillo y los pueblos caían rendidos a sus pies, tanto que nos agobiaba la gente que acudía a confesarse”.

Realmente, estos años de misiones populares, fueron los principios sencillos y gozosos de la Sociedad de María.

DIRECTOR DEL SEMINARIO MENOR DE BELLEY

Vacante el cargo de Superior-director del Seminario menor por la muerte de su titular, P. Pichat, el obispo llamó al Colín para que asumiera esta función. Como podemos imaginar por el modo de ser de nuestro personaje, este nombramiento pone fin a cuatro años de misionero, pero lo peor es que se le pide algo que, para sus apetencias, es de lo más inoportuno:

“Cuando el obispo me nombró superior del seminario me llevé un tremendo disgusto y pasé un martirio espantoso. Fui a verle hasta once veces para suplicarle que no me impusiera tamaño sacrificio”

En realidad lo hizo bien y demostró cualidades de excelente pedagogo por la importancia que le da a la persona misma, al acercamiento discreto al otro, a la necesidad de ganar a los demás por el respeto y la confianza... Gracias a esta experiencia escribió páginas muy bellas sobre el trato a los alumnos y el modo de obrar con los profesores. Por eso, la razón de sus sufrimientos para aceptar el cargo no es que le faltasen cualidades, sino su repugnancia instintiva a toda dignidad o distinción concedida a su persona. Recibir un cargo importante es para él como si le echasen por tierra su esquema mental y espiritual. Simplemente quiere vivir, como tantas veces repite, *“desconocido y oculto”*.

La toma de posesión se llevó a cabo el lunes de Pascua del 20 de abril de 1829, presidiendo la misa y haciendo un caluroso elogio de su predecesor. También se ofreció a estar pendiente de los intereses de todos sin menoscabo alguno de la gloria de Dios. Pide a sus súbditos oraciones para sobrellevar lo que él llama *“pesada carga”*. Y efectivamente, no le

faltarán cruces sobre sus espaldas en un centro en el cual había vivido cuatro años, y quedaban aún algunos profesores de los que se burlaban y bromeaban a su costa. Al menos, el obispo ha aprendido a mostrar su aprecio a este sacerdote, cuyo aspecto físico más bien habla de debilidad y encogimiento; pero que lleva consigo una profunda interioridad y asume las obras encomendadas con tenacidad y convicción.

De hecho, los comienzos de este nuevo ministerio fueron consoladores:

“Hasta finales de este año-1829- la conducta de los alumnos ha sido bastante buena. Hemos tenido que despedir a seis o siete. He advertido a todos que si no están conformes con las disposiciones del reglamento, que no vuelvan después de las vacaciones del verano. Cerca de cuarenta no volvieron. La entrada del nuevo curso se hizo el 1º de noviembre, fiesta de Todos los Santos. Ha sido muy numerosa y se desarrolló en buen ambiente en cuanto a piedad y costumbres”.

La política francesa llegó de nuevo a complicar las cosas: La Revolución de 1830, las ideas liberales que dominan en muchos ambientes favorecidas por el periódico *L’Avenir*, dirigido por Lamennais, que es leído con simpatía por los profesores del centro, y toda una serie de acontecimientos a los que dio lugar la situación política, hicieron del seminario menor un lugar casi insoportable para vivir. Muchos se preguntaban si el P. Colín saldría con vida en medio de tanta tensión. En su cuaderno de apuntes anota:

“Este año ha sido realmente tormentoso. La insubordinación penetró en el centro. Los profesores despreciaron la autoridad del rector y del obispo. Ha sido un año calamitoso. La moral se rebajó. Solo Dios sabe lo que tendría que haber hecho yo”.

Al menos, limó asperezas y evitó males mayores con su tacto y paciencia. La razón de su éxito como educador hay que verla en el hecho de que actuaba en educación más como misionero que como investido de autoridad. Le preocupa, por encima de todo, el bien de los demás. Si en público es exigente y hasta duro, en el trato personal se muestra bondadoso, cordial y conocer del alma del educando.

Con todas estas vivencias cumple cuarenta años. Y tan solo en este año de 1830, parece que todos los rasgos de la vejez hubieran venido de repente a apoderarse de su rostro.

PEREGRINO CARGADO CON SU UTOPIÁ

Los sacerdotes que manifiestan simpatía por el proyecto marista son nombrados a trabajar en el seminario de Belley, en la educación o en las misiones populares. ¿Y cómo va el proyecto en la diócesis de Lyon a la que pertenecían algunos de los firmantes de la promesa? La figura de referencia aquí es Marcelino Champagnat. En L’Hermitage residen los Hermanos Maristas de la Enseñanza que es la otra rama prevista en el proyecto original. Y en torno a Champagnat se reúnen los simpatizantes de la Sociedad de María. Ante la imposibilidad de formar una congregación autónoma, por el momento, el grupo de ambas

regiones elige al P. Colín como superior central (1830) para que coordine las acciones comunes.

El año 1831 realizan un Retiro al cual asisten 18 candidatos. Al año siguiente el grupo de Lyon consigue una casa propia en Valbenoit y el de Belley adquiere el antiguo convento de La Capucinière, donde se instalan en noviembre: Pedro Colín, E. Déclas, Jallon y cinco Hermanos que para distinguirlos de los Hermanos Maristas, reciben el nombre de “Hermanos José”.

¿Cómo reaccionan los obispos? El obispo de Lyon trata de atraerlos para que se integren en sus grupos de misioneros diocesanos. Y el obispo de Belley trata, igualmente de convertirlos en una congregación de misioneros diocesanos. Esto no encaja en el sueño inicial así que Colín resistiendo a uno y a otro decide ir a Roma y que el mismo papa sea el árbitro final. Elige para su viaje como acompañantes a los PP. Pedro Chanel y Antonio Bourdin. Llegan a Roma en la madrugada del 15 de septiembre. Mala época para gestiones curiales, pues los que pueden oírles están de vacaciones estivales. No les queda más ocupación que esperar rezando, informándose y visitando iglesias y monumentos.

Por fin, logran una audiencia con el papa para el 28 de setiembre; pero para no perder más tiempo sus compañeros regresan a Belley y queda Colin adentrándose en trámites engorrosos y audiencias llenas de protocolo, ara lo cual ni estaba preparado ni tenía aptitudes diplomáticas para ello. Acostumbrado a meditar y a tratar de vivir la sencillez de la Iglesia primitiva, sufre ante tanto enredo como han ido añadiendo los a la simplicidad evangélica. Durante tres meses y medio recorrerá lugares insólitos para él y conocerá con mayor realismo lo que significa la administración central de la Iglesia universal.

El encargado de examinar el expediente de los Maristas era el cardenal Castracane. Y a su despacho va a parar el proyecto tal como lo había ido redactando desde 1816: Una Congregación compuesta de sacerdotes, hermanos, hermanas y tercera orden...El cardenal lo considera un proyecto extravagante, desmesurado, imposible de recibir su aprobación. Le pareció al purpurado una propuesta algo “inaudito, sin ejemplo anterior en la historia, un verdadero monstruo”. Más aún, esa manera de concebir la tercera orden, abierta a toda clase de personas, era “algo exótico y extraño”. El P.Colín presiente el fallo y ni siquiera espera la sentencia final sobre su preciado documento, regresa a su diócesis sin haber obtenido nada especial.

La comisión de cardenales, siguiendo el dictamen de Castracane decide que la Sociedad de María no puede ser aprobada bajo ningún concepto. Pero por conmiseración al piadoso sacerdote que solicitó este examen, se le concede una lista de indulgencias y la posibilidad de elegir entre los sacerdotes que forman el grupo, un superior que siga coordinando las aspiraciones. Pero las cartas preparadas en Roma para comunicar esta decisión a los obispos de Lyon y Belley no salieron a su destino. Alguien, convencido de la posición del P. Colín, quiso ayudarlo reteniendo la correspondencia. Nuevamente encontramos que los caminos de Dios avanzan por encima de los controles y argumentos humanos.

El papa Gregorio XVI (1831-1846), en la octava de Pentecostés anuncia su intención de fundar el Vicariato Apostólico de Oceanía Occidental. En la Congregación de la Propaganda de la Fe se mueven afanosamente a buscar voluntarios para esta difícil misión. También llega la consulta al grupo marista que se declara disponible a partir a esas lejanas tierras. La Congregación romana decide encomendar esta empresa misionera “a los presbíteros

maristas de Lyon y Belley". Con esta decisión hay un cambio radical en la manera de considerar la solicitud del P. Colín, que no sale de su asombro, pues con una agilidad poco común en la Curia romana sobre estos asuntos, llega la aprobación pontificia de la Sociedad de María, si bien, únicamente para la rama de los sacerdotes, el 29 de abril de 1836. El cambio es notable. Ya no es un piadoso grupo de fieles de la diócesis de Lyon o de Belley, es la Sociedad de María con carácter universal, al lado de tantas otras Congregaciones Religiosas reconocidas en la Iglesia.

Con esta feliz noticia culminan veinte años de luchas y esperanzas desde la promesa en el santuario de Fourvière. De aquellos doce firmantes del documento, sólo cuatro llegaron a pronunciar sus votos. Pero se habían incorporado otros candidatos.

El 24 de septiembre de 1836, se reúnen para dar cumplimiento a lo ordenado en el decreto de aprobación y Colín, el "desconocido y oculto", sale elegido como Superior General, no solamente porque los demás lo consideran el más capaz para esa responsabilidad, sino, sobre todo, porque los otros descubren en él a quien mejor encarna el espíritu de la Sociedad. Una vez más, tiene que asumir un liderazgo que no buscó jamás:

"Si hubiera adivinado que iba a ser elegido superior, actualmente sería trapense...Ese nombramiento me produjo un choque del cual no he podido reponerme todavía".

Sin embargo sus compañeros tenían otra idea más elevada de sus posibilidades:

"Todos reconocían que se hallaba poseído por el Espíritu. Todos admiraban la claridad de su mente, su sólida estabilidad, su inteligencia sutil y capaz, su rara prudencia y más que nada, su sencillez encantadora. Nacía precisamente esa modestia de los sentimientos sobrenaturales que le penetraban hasta lo más hondo del alma. Se había robustecido por las fuertes pruebas que había encontrado en su labor. Estaba y está persuadido de que este trabajo es el que Dios y la Virgen quieren". (P. Maitrepierre).

SUPERIOR GENERAL DE LA SOCIEDAD DE MARÍA (1836-1854)

El R. P. Juan Claudio Colín ya ha cumplido 46 años. Dirige una Sociedad de carácter universal, con tan solo veinte presbíteros profesos. De ellos, cuatro son destinados como misioneros a Oceanía Occidental. Comienza para el Superior General una actividad desbordante. Trata de conjugar la audacia con la prudencia en cada nueva obra que abre horizontes a esta *"mínima congregación, aprobada benignamente por el S.P. Gregorio XVI el 29 de abril de 1836, que le cupo en suerte llamarse, desde su origen Sociedad de María"* Al frente de su vida y misión estuvo 18 años. Cuando en 1854 presenta su dimisión, han pronunciado sus votos religiosos 292 sacerdotes o candidatos al sacerdocio y unos cuarenta hermanos coadjutores (distintos de los Hermanos Maristas que lidera el P. Marcelino Champagnat, que por el momento permanecen unidos a la misma Sociedad).

Durante su generalato envió a Oceanía 74 Padres, 26 Hermanos maristas y 17 Hermanos coadjutores.

Fundó en Francia 7 residencias, cinco colegios, cuatro casas de formación y aceptó la dirección de cuatro seminarios.

Abrió una obra en Inglaterra y en Australia una casa para procuraduría misionera.

Llegaron también a su despacho solicitudes de trabajo pastoral o misionero de Irlanda, Escocia, Estados Unidos...pero prefiere esperar para poder cumplir satisfactoriamente el compromiso asumido de enviar misioneros a Oceanía, a quienes dedica sus mayores desvelos:

“Tengo que admitir que me preocupo más por ellos que por los que tengo aquí a mi lado... (son, en verdad) mi hijos preferidos”

El mayor mérito de este Fundador es haber podido transmitir un estilo de vida, unas convicciones, a través de su palabra directa, sus cartas, sus visitas...pero, después de toda esta actividad, crece en él la conciencia de que su papel ya ha sido cumplido. Y debe dar paso a otros más capaces de avanzar. Ya desde 1848 piensa seriamente en dimitir de su cargo. Y vuelve a sentir un atractivo especial por la soledad. El ideal que le ha acompañado siempre: vivir con Dios solo y para el honor de su santa Madre, “oculto y desconocido en el mundo”. Finalmente el 9 de mayo de 1854 renuncia a su cargo de Superior General, para adentrarse en el soñado “Retiro Espiritual”.

Demos, sin embargo, una ojeada a las grandes empresas misioneras que llevaron los Maristas en Oceanía bajo su liderazgo.

APÓSTOL DE OCEANÍA DESDE FRANCIA

El primer grupo misionero que parte para Oceanía comprende ocho personas: Mns Pompallier (nombrado Vicario Apostólico), P. Pedro Luis M^a Chanel (primer mártir y santo del continente), P. Bataillon (futuro obispo de Wallis- Futuna), P. Claudio Bret (que no llegó a las islas, murió en la travesía), P. Servant, H^o José Javier Luzy, H^o Miguel Colombon, H^o Jean-María Nizier.

Se embarcan en el puerto de L'Havre el 24 de diciembre de 1836 en el *Delphine* que parte rumbo a Valparaíso (Chile). Tardan en llegar a este destino seis meses. En Valparaíso esperan dos meses alguna posibilidad de embarque. Y lo hacen en un navío norteamericano, el *Europa*, que parte con destino a Hawai. Desde este lugar utilizarán una goleta, la *Raiatea*, que los irá dejando en sus destinos finales:

El 1^o de noviembre desembarcan en Wallis, el P. Bataillon y el H^o José Javier. Siguen adelante y al acercarse a Futuna, a unos 200 kms de Wallis, deciden quedar allí el P. Chanel y el H^o Jean-María Nizier. La meta final es Nueva Zelanda, hay que recorrer aún 2.500 kms, y allí baja el resto de los misioneros. Estamos ya a 30 de enero de 1838. ¡Más de trece meses de viaje! ¿Qué idea tenían en Roma y en la misma mente del P. Colín de esta

desconocida realidad del continente de las islas? Muchas veces, cuando llegan noticias de los misioneros y sus problemas, cuando reciben la respuesta, ya no existen tales problemas y, a veces, ni siquiera el misionero que los planteó. Sin líneas de navegación regulares, con unas distancias enormes y con una cultura tan lejana a los usos y costumbres de Francia, problemas de salud, tipo de alimentación, dificultades de las lenguas y formas de trato con los nativos... en verdad fueron tiempos heroicos para aquellos primeros maristas pioneros de la evangelización de gran parte de Oceanía. Toda su preparación para esta ingente empresa ha sido su espíritu marial y su entusiasmo misionero...es todo el bagaje para anunciar el evangelio a 20.000 kms de su patria.

El obispo Pompallier, les prometía una visita, al menos cada seis meses, para que no sintieran tan agobiante la soledad; pero, de hecho, Pedro Chanel y el hermano que le acompañaba, durante tres años y medio solo tuvieron una visita del P. Bateillon desde Wallis y ninguna del obispo. Esta situación lo coloca indefenso del todo ante los habitantes de Futuna que terminan con él violentamente, muriendo mártir el 28 de abril de 1841.

Poco tiempo después de este martirio, Futuna es la isla más cristiana de la región. Realmente soportaron tanto que solo desde la fe más firme y la oración más perseverante puede entenderse su permanencia en aquellas regiones.

El P. Colín recibía las noticias de los primeros “Hijos de la Sociedad de María” y se sentía profundamente afectado por ellas. Con pasión se convierte en el defensor de sus misioneros frente a la jerarquía eclesiástica, cuando de alguna manera, las ordenanzas de los obispos o de la Congregación de la Propagación de la Fe, atentan a la identidad religiosa de sus “hijos predilectos”. ¡Cuántos viajes, cartas, visitas, súplicas, búsquedas de medios económicos y ayuda moral planea en su deseo de ayudar y salvar las obras encomendadas!

Su preocupación por Oceanía es manifiesta. A pesar de la escasez de miembros, entre 1839 y 1840 envía treinta misioneros. Además propone una nueva organización de las misiones de Oceanía: aumentar los Vicariatos, permitir a los misioneros vivir en comunidad, que se cuide el espíritu religioso como miembros de la Sociedad de María, pues no eran curas diocesanos, como a veces cierta jerarquía quería tratarlos... No cabe duda que detrás de la aparición de algunas mejoras se siente la influencia de sus propuestas. Van apareciendo: El Vicariato de Oceanía Central, el Vicariato de Nueva Caledonia, de Melanesia y de Micronesia...

No teme desprenderse de sus mejores religiosos camino de Oceanía, aunque las noticias que le llegan mezclan siempre grandes alegrías con tremendas tristezas. Al martirio del P. Chanel, siguen otras muertes: la de Mns. Epalle, la del Hº Blas Marmoiton...y así ¡hasta 21 religiosos durante su mandato!

En muchos aspectos el P. Colín es pionero en la nueva concepción de la misión, pues apoya iniciativas audaces que no eran comunes en su época marcada por el colonialismo en la que los europeos ponían las condiciones sin miramientos y los misioneros, más que pensar en inculturaciones, trasplantaban sus ideas europeas de las prácticas cristianas. De ahí lo interesante de la iniciativa coliniana de abrir un seminario oceánico para las vocaciones nativas; funda una procuraduría en Australia para que los misioneros puedan retirarse a restablecer sus fuerzas físicas y espirituales. Y desde ese centro ser atendidos también en lo material para sus obras y acción pastoral. Promueve el laicado misionero, incluidas las mujeres. En este punto, cabe destacar la grandeza de Francisca Perroton que se embarca

para Wallis en 1845, abriendo camino para que otro grupo de damas, pocos años después, sigan sus huellas, marcadas por el espíritu de la Sociedad de María. De estas mujeres laicas, pioneras de la acción misionera en Oceanía, procede una nueva Congregación: Las Hermanas Misioneras de la Sociedad de María (SMSM).

El P. General Colín tiene conciencia de su papel de animador para que no decaiga el espíritu fundacional y la íntima solidaridad con las obras que llevan a cabo los miembros que hacen visible el cuerpo congregacional:

“Los tiempos de las misericordias del Señor han llegado a los habitantes de Oceanía. Nos exigen toda la prontitud de nuestra caridad”.

Con razón, pues, aunque él mismo no estuvo en el Continente de las islas innumerables se le ha llamado: *“Padre de los Oceánicos”*. Es interesante señalar, teniendo en cuenta el tiempo en que vive marcado por el fuerte colonialismo europeo, cómo aclara con firmeza que, si bien, él ha enviado misioneros franceses, no lo ha hecho mirando a los intereses de Francia, sino con el compromiso primordial de la salvación de los nativos.

Lo que resulta curioso es que, Francia en su territorio patrio más bien fomentaba actitudes anticlericales; pero en sus conquistas transoceánicas, se vuelve la gran protectora de los misioneros. ¿Por amor a la evangelización? No, ¡es la astucia de los hijos de este mundo! No ayudaba desinteresadamente, pues se servía de la presencia de los misioneros, ciudadanos franceses, para justificar sus intervenciones en las islas y colonizarlas.

Por eso el P. Colín cuando se enteró que Wallis y Futuna habían sido convertidas en colonias francesas, soltó esta expresión:

“¡Justo ahora! Cuando acabamos de convertir a la fe a aquella pobre gente, llegan allí los europeos para pervertirlos”.

EDUCADOR DE LA JUVENTUD

La labor educativa está presente en la idea de una Sociedad de María desde los comienzos. Desde el primer sumario que se envía al Papa Pío VII, se dice que uno de los apostolados que habrá que cultivar es el de la educación de los niños y jóvenes en los colegios. No se trata de un apostolado específico de la Sociedad, sino de una de las múltiples tareas en las que tendrá que dejar plasmado el espíritu marial. Dejando ahora a un lado la misión educativa que adquirirán los Hermanos Maristas liderados por Marcelino Champagnat, presentamos aquí el perfil educador del P. Colín.

En su visión educativa, sin duda, fue de gran valor su experiencia en el colegio de Belley desde 1829, cuando recibe la función de Superior-Director del mismo. Posteriormente la primera obra educativa ya en su cargo de Superior General de la Sociedad fue el colegio de Valbenoite, asumido en 1845. Nombra para su atención un grupo de Padres jóvenes a quienes les inculca el respeto por el alumno. Insiste en que no se trata de dar muchas normas que se hagan cargosas, sino el cultivo de la responsabilidad, amor al estudio y a la virtud.

Dos años después acepta un colegio municipal en malas condiciones, el de Langogne. Y al cabo de tres cursos escolares marcha tan bien que el mismo clero local trata de hacerse cargo de su conducción. Colín no se hace problemas y retira a los maristas para que sigan los que anhelan recobrarlo. Cuando una obra es exitosa y comienza a ser apetecida por otros, juzga que ya ha cumplido su misión. Y puede retirarse. Para él, los Maristas deben ocuparse de lo que otros no quieren o no pueden hacer; pero es útil para la acción apostólica.

Un tercer colegio funda en La Seyne-sur-Mer, cerca de Toulon en 1849 con un número muy reducido de alumnos y con una sola clase de secundaria. Año tras año, va añadiendo una clase más y en 1854 cuenta ya con 140 alumnos, la mayoría hijos de oficiales de la marina francesa. Toulon es uno de los más importantes puertos marítimos de Francia. En este colegio fue superior el P. Julián Eymard de 1851 a 1855.

Este valioso y dinámico sacerdote que tanto se ocupó de la rama de la Orden Tercera, saldrá posteriormente del grupo marista para fundar la Congregación de los Padres del Santísimo Sacramento.

En 1850 funda el colegio de Saint-Chamond, aceptando un local regido por eclesiásticos; pero que ha decaído en disciplina y aceptación. La Municipalidad le ofrece la dirección a los Padres Maristas y allá envía una comunidad.

Todavía, antes de renunciar a su cargo, funda 1853 el colegio de Montluzon y el de Brioude... Todos ellos se encuentran en poblaciones que oscilan entre 5.000 a 1.0000 habitantes donde no había otras congregaciones religiosas.

A nivel de enseñanza superior acepta la dirección de tres seminarios mayores y uno menor, en Moulins (1848), Digne (1849) y Nevers (1850).

Con relación a sus ideas pedagógicas baste citar un testimonio de uno de los primeros Padres, escribe:

“Son un monumento de sensatez, de prudencia y de experiencia que provocó la admiración de la Sociedad entera”.

En efecto, con relación a los profesores, comienza por exigir una comunidad educadora con una conciencia clara de lo sobrenatural de su misión. Les invita a los educadores a evitar todo afán de prestigio personal para mantener la unidad en las directivas comunes. Insiste en que cada cual se ocupe por entero de su propio cometido sin querer dar lecciones a los demás ni interferir la tarea de los otros; pero sin buscar una autonomía tal en sus atribuciones que impida la colaboración respetuosa con los demás profesores en la tarea común.

Y, con relación a los alumnos, pide a los educadores que no les esfuercen por encima de sus posibilidades, pero que incentiven a cada uno a dar todo aquello de lo que es capaz. Defiende una pedagogía personal que trate de conocer las posibilidades y carácter de cada uno. Quiere que el educador gane al alumno por el respeto, la confianza, la sencillez, la lealtad y el perdón. Que se evite la acepción de personas y los privilegios. No acepta el sistema, vigente en sus días, de censores y vigilantes tomados de entre los alumnos. Pide que los reglamentos no sean demasiado minuciosos y los castigos sean muy raros, excluyendo todo castigo corporal. Finalmente les pide que traten de evitar la expulsión del alumno, a no ser en caso de insubordinación.

Con relación al colegio en sí mismo, quiere que se creen lazos de familia no solo entre educadores y alumnos sino también con sus padres. Este ambiente promoverá una iniciativa que tendrá mucha importancia en la Sociedad de María: *las reuniones de los exalumnos*.

En los colegios maristas debe respirarse el espíritu de María. Se comienza por hacer la consagración a María de todo el colegio y se cultiva una filial devoción hacia ella presentándola como la verdadera superiora. Es partidario de colocar imágenes de la Virgen en diversos lugares para que recuerden siempre su presencia y se invite a los alumnos a dirigirse a Ella con el saludo del Ave María. Desea que las fiestas de la Virgen se solemnizen con excursiones y paseos. Todo esto es fácil de comprender, si recordamos que para Colín la figura de María es una persona real, viva, activa que interviene en nuestra vida con su ternura maternal y desea que los maristas la hagan presente con su estilo sencillo y modesto de vida y acción.

Esta forma de servicio discreto de una Iglesia que toma por modelo la presencia oculta de María en la Iglesia naciente y su apoyo en los tiempos presentes, permite al marista un sentido de desprendimiento de sí mismo para ser transparencia de la acción de Dios. Y que, en cierto modo, sea *María en la Iglesia*, verdaderos frente a Dios y a los hombres: “No busquéis vuestros propios intereses, sino los de Cristo y María únicamente”. Los intereses de Cristo y María se refieren a la salvación del mundo, de todos y de cada uno de sus moradores: “Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” y “esta es la vida eterna, que te conozcan a ti Padre y a tu enviado, Jesucristo”.

LAS FRATERNIDADES MARISTAS.

El P. Colín quiso poner al alcance de todos ese espíritu de María que envolvió todo su existir. Y para que los laicos o los mismos sacerdotes diocesanos pudieran adherirse a este estilo de vida sin necesidad de hacerse religiosos, crea la Confraternidad Marista, inapropiadamente llamada Tercera Orden ya que no refleja las características de las tradicionales Órdenes Terceras que nacieron en la Iglesia bajo la inspiración y patrocinio de las grandes Ordenes religiosas: Dominicos, Franciscanos, Carmelitas...etc

La idea de Juan Claudio, es este punto resulta bastante utópica. Difícil de explicar y difícil de realizar, pues él contempla una humanidad reunida en torno a María reviviendo el ideal de los comienzos: “Una comunidad de creyentes con un solo corazón y una sola alma”. Imagina fraternidades maristas extendidas por todo el mundo multiplicando entre la humanidad el espíritu de María y dando una imagen de una Iglesia de perfil mariano: unida, sencilla, servidora, que no busca su propia gloria, sino la de su único Fundador, Cristo, o sea, la gloria de Dios. La misma gloria de Dios que ensalza María: “Mi alma glorifica al Señor mi Dios”.

Esta visión del P. Colín sobre las fraternidades maristas no llegó a realizarse, pues en 1850, esta rama de la Sociedad, asesorada por el P. Julián Eymard, tomó una dirección tradicional

y fue aprobada por la Santa Sede como *Tercera Orden de María*. La forma de organizarse se distanció bastante de lo que Colín llevaba en su mente y corazón. Su pensamiento era mucho más rico porque integraba a los laicos sin perder su secularidad laical en la misma y única misión de la Sociedad de María. Pero cómo llevar a cabo esta idea no es fácil aclararlo. Lo cierto es que la orientación dada por el P. Eymard, no era precisamente lo que Colín pretendía para estas Fraternidades en medio del mundo.

Cabe destacar que uno de los que fueron inscritos en la llamada Tercera Orden de María, fue su amigo desde el seminario, Juan Bautista Vianney, Santo Cura de Ars. Ambos se admiraban entre sí.

RESIDENCIAS MISIONERAS PARA SERVICIOS APOSTÓLICOS

La Sociedad de María, desde sus orígenes esta abierta a cualquier de tipo de ministerios en la Iglesia. Los Maristas deben esforzarse por hacer lo que tienen que hacer, allí donde se ve que hay necesidad de su colaboración, “en todo tiempo y lugar”. La inclinación, sin embargo, es que “más que participar en actividades allí donde la Iglesia se halla establecida y dispone de recursos suficientes, están llamados a implantar la Iglesia allí donde no existe todavía y a renovar las comunidades ya existentes. La Sociedad deja de ser fiel a su vocación cuando se identifica tanto con una obras concretas que ya no está disponible para atender necesidades más urgentes a las que está llamada por su misión”. Esto explica la vocación propiamente misionera que ha recibido: “Ir de un lugar para otro anunciando la palabra de Dios, reconciliando, catequizando, visitando a los enfermos y encarcelados y practicando las obras de misericordia. Prestan especial atención a los más olvidados, a los pobres y a los que sufren injusticia”.

Con esta mentalidad se comprende que durante su gobierno tuviera en su corazón ese deseo de responder a las necesidades que va surgiendo en las Iglesias locales y que para satisfacerlas, los obispos encuentran dificultad. El principio que surge espontaneo es:

“Los maristas deben hacer lo que otros no pueden o no quieren hacer”, porque para ellos lo que importa es ser activos; pero desconocidos y ocultos como María.

Una iniciativa interesante es la de fundar “residencias de misioneros”, donde se encuentre gente disponible para ocuparse de esas obras a las que uno no se siente inclinado por naturaleza por ser humanamente poco satisfactorias, poco llamativas y poco rentables.

Por esta misma razón se muestra reacio a aceptar parroquias, pues ligarse a una parroquia e, en cierto modo, perder esa libertad de acción que caracteriza al misionero para ir donde se le necesite. Quiere que los obispos vean una Sociedad plenamente dispuesta a “no barrer para la propia casa”, sino para la Iglesia local donde trabajan.

Las misiones populares y una amplia gama de ministerios de la palabra, le permitían acercarse a todo tipo de gente que, por diversas razones, suelen encontrarse al margen del apostolado parroquial: pobres, encarcelados, militares, obreros, barriadas de ciudades, pueblos campesinos geográficamente aislados, etc.

El centro misionero de la diócesis de Belley lo establece en *La Capucinière*, que había sido inaugurada en 1832 como casa-madre y luego se convertirá en noviciado-escolasticado.

Para la diócesis de Lyon establece el centro de servicios ministerial en *La Puylata*, adquirida en 1837, también como casa-madre del grupo lyonés. Son centros de irradiación apostólica. También en París alquila una casa en 1843, para albergue temporal de los que parten para Oceanía, y, al mismo tiempo, nombra a algunos Padres para que estén atentos a las necesidades de la Iglesia local. Otras residencias de importancia fueron:

La de *Agen* en 1843,

La de *Moulins* en 1845

La de *Valenciennes* en 1852

La de *Riom* en 1853

Estas residencias reciben el nombre de “*casas de espiritualidad y de misión*”. El mismo siendo Superior General da ejemplo de disponibilidad destinando largas horas, junto a sus colaboradores, a la atención de los penitentes que piden confesión y a la escucha de fieles y sacerdotes que han descubierto en él, lo que solía llamarse “*un hombre espiritual*”.

De todas maneras la actividad más intensa de estas residencias es la acción exterior:

Misiones populares, Ejercicios Espirituales, ayuda a los párrocos... teniendo muy presente en sus actitudes y estilo de trabajo, lo vivido en las primeras misiones populares que realizaron lo pioneros en la región del Bugey, durante cuatro intensivos años.

Normalmente la misión de una parroquia duraba un mes. Y prácticamente pasaban de una misión a otra sin a penas descanso, pues tanto los obispos como los párrocos en el siglo XIX estaban especialmente sensibilizados con este tipo de actividad renovadora de la cristiandad.

La atención a los encarcelados se practicó especialmente en Lyon y Toulon. En esta ciudad se encontraba el peor penal de Francia. Y, además, un puerto tan importante y de nutrido movimiento marítimo, era muy apropiado para que existieran muchos “bajos mundos”. Los Padres Maristas procuraron hacerse presentes en esos difíciles ambientes sociales.

En 1850 aceptó una obra en Londres. Envío seis padres en apoyo de una iniciativa que lideraba el sulpiciano Quiblier en un barrio miserable de emigrantes. Fue una obra muy dura en los comienzos, no solamente por la lengua y la cultura inglesas, siendo ellos franceses, sino también porque el entorno general no era católico y constatan cómo todavía estaba viva esa tensión y desconfianza entre católicos y cristianos procedentes de la Reforma Anglicana. Aquel barrio de Spitalfields de unos 170.000 habitantes viviendo en barracas y en notable abandono moral, conoce el heroico desinterés de un grupo de sacerdotes católicos, que siguiendo la tradición marista, llega con el deseo de hacerles el bien sin llamar la atención ni buscar glorias humanas. En ese barrio nació la parroquia de Santa Ana.

RETORNO A UN SUEÑO QUE NO MUERE: LA VIDA ESCONDIDA

Juan Claudio Colín maduró largamente la idea de retirarse del generalato y retomar una forma de vida que llenara sus aspiraciones de ser “solo para Dios y honor de su santa Madre”. Es el período final de su vida que comprende desde 1854 a 1875. Después de la Revolución de 1848, en los ambientes más cultivados de la espiritualidad francesa comienza a imponerse una corriente de piedad marcada por la interioridad con dos tendencias inseparables: La devoción eucarística y la actitud reparadora. Estas dos constantes: Eucaristía y Reparación motivaron varias congregaciones en la Iglesia, especialmente a partir de la segunda mitad de siglo XIX. Es explicado esta tendencia, ya que la Iglesia durante la Restauración había demostrado gran dinamismo; pero los frutos visibles no aparecían demasiado notables. El fenómeno de la descristianización avanzaba y los promotores de renovación se preguntan si se habrá equivocado el camino. ¿Sirve de algo el activismo? ¿No habremos relegado la fuente de la fecundidad apostólica confiando demasiado en nuestros trabajos y planificaciones?

El P. Colín no es ajeno a esta evolución espiritual. Una charla a los Padres reunidos en el Retiro Espiritual de 1853 retrata bien su situación interior:

“Me parece que las necesidades del mundo en la época en que vivimos son demasiado grandes para que podamos aliviarlas con nuestros trabajos y esfuerzos. Quizá nunca hubo tantas misiones, predicaciones, jubileos como en nuestros días ¿y qué bienes ha producido? Es verdad que ha habido algunas conversiones; pero son demasiado pocas si las comparamos con la multitud de pecadores. Cada día se pierde más la fe. Y no hablemos de la moral. Las necesidades de nuestra época, son tan grandes que la predicación no es suficiente. Hay que buscar otros procedimientos más eficaces...brazos que estén constantemente levantados hacia el cielo para que puedan caer gracias abundantes sobre los misioneros que lanzan la semilla”.

Movido por estas vivencias, comienza a pensar en la posibilidad de una rama contemplativa dentro de la Sociedad de María. En 1850 adquiere una casa solariega a unos 50 kms de Lyon y la considera ideal para su proyecto. Se retirará del gobierno de la Sociedad y permanecerá en retiro suplicante el resto de sus días. Varios acontecimientos están a la base de esta decisión de “*buscar la soledad*”.

El P. Marcelino Champagnat había fallecido en 1840 con la ilusión de que su Instituto de Hermanos Maristas de la Enseñanza era una rama de la Sociedad de María. Les pide, pues en su testamento que permanezcan unidos a los Padres bajo el mandato del General R. P. Colín. Pero este firme deseo choca con la oposición manifiesta de la Santa Sede y la dificultad de que un solo superior llevase adelante ambas ramas, con claras diferencias de espíritu y acción. Para solucionar este problema Colín plantea al Capítulo de 1845 la siguiente pregunta:

“¿Es conveniente que el superior general de los sacerdotes maristas sea también el general de los hermanos del mismo nombre?

La respuesta del Capítulo fue negativa. Colín continúa interesándose por ellos; pero prácticamente deja la responsabilidad completa en el hermano Francisco. Y en el Capítulo

de 1851, les dio a entender que ya era hora de renunciar definitivamente a la idea de una unión entre las dos ramas. Desde entonces la separación fu un hecho. Y en 1863, los Hermanos Maristas recibieron la aprobación definitiva de la Santa Sede como Congregación autónoma.

Las Hermanas Maristas también evolucionan hacia la autonomía congregacional. En el Capítulo de 1853, la Hermana Juana Chavoín presenta su dimisión como superiora y en su lugar se elige una nueva que recae en la Madre Ambrosio. Con esta decisión inauguran un nuevo período de su existencia con independencia de la dirección de los Padres Maristas. Finalmente la Santa Sede aprobó este estado autónomo como Congregación en 1884.

En este ambiente y bajo la influencia de la espiritualidad eucarístico-reparadora, se encuentra Juan Claudio con una mujer que influirá en su espíritu hacia el deseo de fundar una rama contemplativa sirviéndose de la casa de La Neylière, casa adquirida, como hemos señalado en 1850. Esta mujer se llamaba Teodolinda Dubouché o Madre Teresa del Corazón de Jesús, que llegó a Lyon para establecer un convento de Hermanas de la Adoración Reparadora del Santísimo Sacramento. Mujer inteligente y de gran personalidad que conocía ya a los Pdres Maristas en París y tenía comunicación con el P. Julián Eymard que, por ese tiempo estudiaba la posibilidad de unir a la Tercera Orden, el grupo de aquellas monjas adoradoras del Santísimo Sacramento.

Teodolinda trató de convencer a Colín para que transformase la comunidad de La Neylière en una rama eucarística de la Sociedad de María. Era una idea interesante. Y realizó gestiones en Roma en el verano de 1854, con la esperanza de hacer viable esta Sociedad Eucarística o Padres del Santísimo Sacramento. Allí le hacen ver que un proyecto de esta naturaleza no tiene cabida dentro de la Sociedad de maría, pues lo más probable sería una inevitable división de ambos cuerpos:

“La puerta derecha de mi corazón está a favor de la Sociedad de María y la puerta izquierda en pro de la Sociedad del Santísimo Sacramento”...

...Si llegase a saber que esta última pudiera causar una división en la Sociedad de María, preferiría abandonar el proyecto por completo. No iba a estar trabajando cuarenta años por nuestra querida Sociedad para separarme ahora de ella y ser causa de su ruina”.

Colín dejó de lado toda iniciativa de aprobación de tal sugerencia y además, el nuevo General de los Maristas, R.P. Favre, determina poner fin a estas ilusiones, prohibiéndole recibir candidatos, fundar nuevas casas, empezar el seminario, confesar a gente de fuera, adoración perpetua del Santísimo Sacramento etc. El obediente Colín se encierra en solitario en la casa de La Neylière y guarda silencio. Durante dos meses ni siquiera cuenta nada a la promotora del proyecto, Teodolinda. Y poco después en una larga entrevista deciden ambos a la una nueva fundación a favor de la concordia. Su primer amor, la Sociedad de María sigue ocupando su corazón. Y, precisamente ese mismo años de 1855 conoce que su antiguo colaborador marista, P. Julián Eymard, tiene prácticamente lista la

propuesta de la Congregación del Santísimo Sacramento o Padres Sacramentinos. Y ya no habla más de este asunto.

Mientras tanto, cabe reseñar, que un terrible incendio acaba con la casa-convento de Teodolinda. Y a ella le toca la desgracia de quedar inválida. Esta enérgica mujer tendrá que soportar una vida marcada por el sufrimiento. De todas maneras, en la correspondencia que se envían, se animan mutuamente y se agradecen el apoyo que encontraron ambos durante ese tiempo de ilusiones fundacionales.

Otro acontecimiento que probó la fortaleza de Colín fue el asunto de sus Reglas. Estando en su retiro, se entera que el actual Superior General, P. Favre, redacta unas Constituciones y las hace aprobar por Roma. La contrariedad es inmensa, Colín no encuentra en ellas el reflejado el espíritu de los orígenes. Si habla abiertamente del asunto podría generarse una gran división, pues la mayoría de los maristas piensa, sin duda, que estas Constituciones habrán sido redactadas con su consentimiento. Y si no habla, la Sociedad caminaría hacia su propia negación o razón de ser, hacia una desidentificación de lo que la dio origen.

Colín se pone en las manos de Dios y opta por quedar “desconocido y oculto”. Y destruye sus apuntes guardados tantos años y con tanto esmero:

“Cuando supe que las Constituciones se habían presentado a Roma y que las habían aprobado provisionalmente, creí que aquello me relevaba de misión a los ojos de Dios y de la Sociedad y solo pensé en prepararme definitivamente a morir en paz. Sin embargo, temiendo que algunos papeles que tenía en mi poder, podían ser un motivo ulterior de división en la Sociedad, resolví entregarlos a las llamas.”

Felizmente, algunos Padres sospecharon que en la cuestión de las nuevas Reglas había algo oscuro: ¿Por qué en tan poco tiempo fueron escritas? ¿Cuándo habían visto a Colín trabajar con Favre en este tema? Sondearon al P. Colín discretamente y se descubrió el enredo.

El P. Mayet, muy fiel al Fundador, piensa hacer un gran servicio a la Sociedad y escribiendo a unos y a otros, consigue enviar una carta al Papa Pío IX para solicitar permiso que le permitiera descubrir a todos la verdad. Obtiene una bendición especial y una recomendación para que busque testigos fehacientes. Así lo hace. Redacta un Memorandum de 34 páginas sobre el tema. Y gracias a este trabajo del P. Mayet, el Capítulo de 1866, opta porque sea el Fundador, P. Colín quien redacte las Reglas auténticas. Le piden públicamente perdón y se le conceden dos secretarios para facilitar la redacción. El anciano Colín con esta eficaz ayuda termina su labor en vísperas de la Inmaculada de 1869 y la entrega a sus superiores. Se convoca el Capítulo de 1870. En la asamblea el General, P. Favre, declara que apoya de todo corazón al Fundador y que nunca había tenido la intención de suplantarle. Se vota la cuestión y, por unanimidad, se aceptan las Reglas redactadas por el P. Colín. Finalmente había triunfado el espíritu. Ha cumplido ochenta años, ya puede descansar tranquilo.

PADRE, ORA POR TUS HIJOS

La larga vida del P. Colín puede resumirse en la intensa preocupación por realizar lo que él llamaba *“la obra de María”*. Fue un hombre de una devoción entrañable a la Madre del Señor. María, gloriosa en el cielo, sigues siendo una persona viva y activa en la Iglesia de nuestro tiempo como lo fue en el suyo. Por eso, quiere que los maristas no solo lleven su nombre, sino que sean de verdad *“en manos de María”* instrumentos dóciles de la misión de la Iglesia, para realizar las maravillas de la misericordia divina en favor de todos los hombres. Los maristas quieren una Iglesia a imagen de María y por incansablemente trabajarán para que se renueve conforme a su tipo y modelo: Una Iglesia servidora y con sentido de enviada al mundo

Si María no se aprovechó de su situación privilegiada frente a los apóstoles, como Madre de Jesús, sino que estuvo dispuesta a ser primero, ante todo, su discípula: La que escucha la palabra de Dios y la pone en práctica (*“he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”* y *“haced lo que Él os diga”*), no hay otro modelos para quienes llevan su nombre: Sociedad de María.

Los maristas tienen que abordar la obra de la evangelización con todas sus fuerzas, despojándose de todo interés personal, de modo que nada impida la escucha de la palabra de Dios. Jesús vino al mundo en la oscuridad y la pobreza y así fue conduciendo a hombres y mujeres hacia el Padre. El misionero no puede hacerse centro de nada ni intentar llamar la atención sobre lo que hace como para que se lo tengan en cuenta. Debe tener presente la fórmula coliniana que define un estilo de vida: *“Desconocidos y ocultos en el mundo”*. Para cumplir este espíritu es indispensable una vida sencilla, modesta y humilde. Nada de orgullo, codicia o ambición personal, todo ello tan opuesto al sentir de María. Nada de buscar dignidades eclesiásticas o civiles, ni ministerios brillantes o brillantez en los ministerios. Aceptarán cualquier ministerio en la Iglesia; pero de tal manera que, por así decirlo, nadie se dé cuenta de su presencia.

Con estos sentimientos vive sus cinco últimos años orando insistentemente y expresando sus intenciones a cuantos le escuchan os, para que la herencia recibida no degenera en su querida Sociedad. Desde su retiro, percibe con mayor vivacidad que una Iglesia sencilla, misericordiosa y sin el afán de aparecer, como buscando reconocimientos e influencias, reflejará con más luminosidad los valores del Reino de Dios. Este anonadamiento le impedirá caer en la tentación del triunfalismo, del poder y del dinero. Dejará de hacerse *“centro”* para *“centrarse”* en la gloria del Señor.

Somos instrumentos de misericordia, no de condena; somos servidores, no dueños del mensaje; *es Dios quien salva, no nosotros*. Lo que importa es que se conozca y se esclarezca el misterio de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. No es a nosotros a quien el mundo necesita, sino a Él. Por eso, como lo sentía San Juan Bautista: Conviene que nosotros disminuyamos para que Él crezca. Desde la actitud de discreta presencia, como María en Caná de Galilea, diremos una y otra vez: *Haced lo que Él os diga*.

El P. Colín, ya casi ciego y lleno de achaques, participó en el último Capítulo anterior a su muerte, pidiendo entre sollozos que los Padres Capitulares reconocieran solemnemente a María como verdadera Fundadora y como Primera y Perpetua Superiora de la Sociedad. Cumplido su deseo desaparece de las sesiones como una sombra.

Cuando llegan las Constituciones ya aprobadas por Roma y editadas, reaparece el P. Fundador, pues todos los Padres quieren que sea él quien vaya bendiciendo y entregando un ejemplar, como un último gesto de este carismático anciano cuyo término se prevé muy próximo, y él mismo lo espera: “Ahora me despido de ustedes para siempre en este mundo. Bueno, ahora mismo casi ya no estoy en él: mi edad, mis enfermedades...pero ustedes, Padres están en él y esto me basta. Ustedes van a llevar adelante la Sociedad de María”. Exhortó muy especialmente a la unidad y al amor a la Sociedad y luego pidió que le ayudasen a ponerse de rodillas; pero, al no permitírselo, dijo sollozando: “Ustedes son la Sociedad, quiero que todos me den la bendición...”. Es el momento de la despedida, uno tras otro pasan ante Colín dándole el beso del adiós.

Colín, a penas, distingue, pues su vista casi ha desaparecido. Para evitarle molestias lo levantan con silla y todo en volandas para llevarlo a la carroza que espera en la puerta:

“Por Dios, ¿qué hacen ustedes?...me están llevando como al Papa...como al Papa”

Dos meses más tarde, el 15 de noviembre de 1875, habiendo cumplido los 85 años...fue llamado a la casa de Dios Padre...Ya se habían adelantado en este viaje, los otros fundadores de las ramas maristas y también un buen número de mártires misioneros por Oceanía y otros fervorosos maristas...confirmando que la Sociedad de María era un camino auténtico de seguimiento evangélico, al estilo de María.

En la casa de La Neylière, donde pasó sus últimos años, una inscripción sobre su tumba, resume los sentimientos de todos los hijos de la Sociedad de María: ***“Padre, ora por tus hijos”***.

INDICE

Cronología.....	
Un pasado fecundo-.....	
Un huérfano prematuro.....	
La soledad de un huérfano.....	
La experiencia de un tímido en internado.....	
Se vislumbra una respuesta.....	
Promesa y dispersión de los adherentes.....	
Perfiles de un hombre nuevo.....	
Interioridad dialogante.....	
Primeras realizaciones.....	
Un encuentro enigmático.....	
Misioneros populares (1825-1829).....	
Director del seminario menor de Belley.....	
Peregrino cargado de su utopía.....	
Superior General de la Sociedad de María (1836-1854).....	
Apóstol de Oceanía desde Francia.....	
Educador de la Juventud.....	
Las fraternidades maristas.....	
Residencias misioneras.....	
El retorno a un sueño que no muere.....	
Padre, ora por tus hijos.....	



ORACIÓN POR LA BEATIFICACIÓN DEL P. COLIN

Dios Padre nuestro, en tu servidor Juan Claudio Colin has dado a tu pueblo un sacerdote entusiasta y un fundador religioso dedicado al servicio de la Iglesia con el espíritu de María. Te pedimos la glorificación de tu siervo fiel en medio de tu Iglesia y concédenos la gracia que te pedimos por su intercesión (mención de la petición). Te lo pedimos por Jesucristo Nuestro Señor.

EPÍLOGO DEL P. COSTE

Colin, tu vida transcurrió luchando por un Sociedad en cuyo futuro siempre creíste.
 La has dibujado con trazos marcados por tu época.
 Perdónanos por encontrarnos a veces tan lejos;
 pero lo que tú quisiste, nosotros lo queremos aún.
 Pretendemos que viva ese cuerpo que tú amaste apasionadamente.
 Nos ayudará en nuestro propósito la honda visión que te alentaba a ti:
 la de María, apoyo de la Iglesia en sus inicios y al final de los tiempos.
 Pero nuestro encuentro contigo no es para los últimos tiempos, es para hoy.
 Es hoy cuando debemos recomponer la trama de una vida en Sociedad que exprese, no lo que nosotros queremos, sino lo que Dios y María quisieron y quieren de ti y de nosotros.
 Durante toda tu vida te formaste una cierta idea de la Sociedad de María.
 Ayúdanos, tras tantos cambios, a permanecer en comunión con ella,
 a aceptar que Dios pueda hablarnos
 a través de la pobreza de tu persona y de tu obra.
 Haznos comprender que una palabra dicha ayer
 puede resonar aún en el corazón de hoy,
 que un cuerpo nacido ayer puede reencontrar en sí mismo
 la fuerza de una nueva juventud.
 No, Colin, tú no estás muerto. De acuerdo con lo que prometiste,
 sal de vez en cuando de tu tumba para romper los papeles
 que escribamos sobre ti
 y para llevarnos a amar tu Sociedad.
 Mientras descansas en esa tumba, permítenos decir las palabras
 que la Sociedad ha escrito en ella: PADRE, RUEGA POR TUS HIJOS

-Si recibe alguna gracia por intercesión del Vble. Juan Claudio Colin comuníquelo
 Al P. Carlo Maria Schianchi sm - Postulator, Padri Maristi
 Vía Alejandro Poerio 63 00152 Roma, Italia
postulator@maristsm.org www.maristsm.org